

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — Nº 346.

Administracion general, passage Saunier num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Entrada del emperador Napoleon y el rey de Cerdeña en Turin; grabado. — Un viaje redondo. — Revista de Paris. — El 1.º de cazadores de Africa cargando a las masas austriacas mas allá de Solferino; grabado. — El ejército austriaco abandonando las posiciones de Volta; grabado. — Parte de S. A. I. el principe Napoleon; grabados. — Para el amor y muerte no hay cosa fuerte. — Cochinchina; grabados. — La Hija del mar. — Mantua; grabado. — Recepcion en Saint-Cloud de los altos Cuerpos del Estado; grabado. — La flota del Adriático; grabado. — ¡Alerta! — El ermitaño y la niña. — Revista de la moda. — Las obras del puente del Rhin; grabado.

Un viaje redondo.

I.

APARECE EN EL HORIZONTE EL HÉROE DE NUESTRA HISTORIA.

— No tanto lastre, amigo mio; no tanto lastre, por san Telmo: tengo tan abarrotada la bodega, que no entraria un bocado mas, aunque lo empujasen con espeques.

— Esta manzana de Balsain...

— Nada, absolutamente nada.

— ¿Y si yo te lo rogase?

— ¡Qué diablo! Si tú me lo rogases, hermana mia;

si tú me lo rogases, seguiria cargando hasta quedarme entre dos aguas; pero como no es posible que te goces en que me cuele por ojo...

— ¿Y este vaso de vino?

— Eso muda de especie: un buque que ha cargado tanto como ya acabo de cargar, necesita estiyarse en toda regla.

— Ahora una copa de aguardiente.

— Venga. El buen marino jamás vuelve la popa á una paila espirituosa, aunque mida quinientas toneladas. ¡Magnífico licor!... Si lo tuviese á bordo en las horas de guardia, ¡qué perfectamente habia de forrar los fondos! ¡qué noches tan alegres pasaria sobre cubierta!



ENTRADA DE SS. MM. EL EMPERADOR NAPOLEON Y EL REY DE CERDEÑA EN TURIN, EL 15 DE JULIO DE 1859.

GOEUFROY ET L'HERNAULT

— Pues qué ¿en los buques no se bebe?

— Muchísimo, amigo mio; muchísimo; pero ya se ve, tenemos allí tan cerca el agua, que se infiltra sin saber cómo ni cuándo hasta en las vasijas de cristal; y luego los malditos dispenseros han dado en la manía de ser tan excelentes cristianos, que temerian encallarse en las costas del infierno si nos diesen el aguardiente y el vino sin bautizar.

— ¿Otra copita mas?

— No por cierto, amigo mio, no por cierto: no me gusta que me den remolque, y estoy seguro que le necesitaria, para trasladar este pobre casco al fondeadero de la cama, si bebiese una gota mas.

Esta conversacion pasaba entre una señora, dos caballeros y dos niños de distinto sexo que se hallaban sentados a la mesa y concluyendo de cenar, en una modesta habitacion del pueblo de Cabañaquinta, uno de los que forman el concejo de Aller en el antiguo principado de Asturias.

La primera, llamada Catalina y que era la dueña de la casa, tendria unos treinta años, y á través de todos sus gestos y de todas sus palabras se descubria una concentrada melancolia, una profunda tristeza que en vano procuraba disimular. Su traje y adornos eran completamente negros.

La division carlista que al mando del general Gomez recorrió durante el verano de 1836 la mayor parte de España, seguida siempre de cerca, pero muy raras veces atacada, por las tropas liberales, como si jugasen, segun se dice vulgarmente, al escondite, habia penetrado en la provincia de Oviedo por la carretera de Castilla y caido sobre la capital casi de improviso.

El batallon provincial de Pontevedra que se hallaba de guarnicion en Oviedo, y los milicianos urbanos de las poblaciones inmediatas, que se habian reunido apresuradamente á sus hermanos de la ciudad, abandonaron esta al saber la aproximacion del enemigo, y se retiraron al Barco de Soto, pequeña aldea situada á una legua de distancia sobre la orilla derecha del Nalon.

Difficilmente se hubiera encontrado, aunque de intento se buscara, un punto menos á propósito para ponerse á cubierto de un enemigo, acostumbrado á pelear y á vencer, y cuyas fuerzas eran seis veces mayores que las allí reunidas.

Situada la aldea en un pequeño valle cercado en su mayor parte por colinas de regular elevacion, las tropas se hallaban como en el fondo de una red, y era muy difícil, si no imposible, su retirada en buen orden, si los carlistas, como era de esperar, las atacaban por sorpresa.

Este descuido militar, este olvido de las nociones mas triviales del arte de la guerra, ni aun puede disculparse con el aturdimiento, ni con la esperanza que al parecer abrigan de que la division mandada por el general Manso, que venia en persecucion de Gomez, acudiria pronto en su socorro.

El jefe de las tropas liberales no se dió por otra parte gran prisa á sacarlas de la comprometida situacion en que se hallaban, y á la mañana siguiente se vieron sorprendidas por los batallones enemigos, que favorecidos por la topografia del pais y por una niebla espesísima, penetraron en el valle sin ser vistos ni sentidos, hasta que algunas descargas casi á quemarropa dieron á conocer su presencia en los puestos avanzados.

La sorpresa y el espanto se apoderaron de las fuerzas sorprendidas; y aunque un par de compañías reunidas apresuradamente defendieron con denuedo el paso del rio, se vieron cercadas y envueltas instantáneamente por todas partes; el desaliento cundió con la velocidad del rayo por sus filas, y á la voz de «sálvese el que pueda» se lanzaron á los cerros, huyendo en el mas completo desorden, sin que fuese bastante á detenerlas la voz de sus jefes, que veian en aquel desconcierto la pérdida de la mayor parte de los fugitivos.

Los urbanos, poco acostumbrados á la disciplina militar y á los trances de la guerra, caian por pelotones en poder del enemigo, que los hubiera hecho á todos prisioneros, si temiendo quizás la aproximacion de las tropas de Manso, no hubiese renunciado á perseguirlos por un pais para él completamente desconocido.

Aquel fué un dia de consternacion y de luto para la parte central del principado.

Los habitantes de la capital presenciaron por la tarde la entrada del enemigo en medio de un silencio sepulcral, tan solo interrumpido por el estruendo de las cajas de guerra, los ayes de los heridos y los gritos desgarradores de los que veian entre los prisioneros á sus padres, á sus hijos, á sus esposos ó á sus hermanos, y de los que al notar la ausencia de las prendas queridas de su corazon, las contaban en el número de los muertos.

Estos afortunadamente habian sido pocos; pero entre ellos se contaba á don Antonio Pumarino, médico del concejo de Aller y capitán de milicianos, que habia perecido como un valiente defendiendo el paso del puente en lo mas empeñado del combate, para facilitar la retirada á sus compañeros, menos conocedores que él de aquel terreno.

Pumarino era esposo de Catalina.

No es extraño por lo mismo que amándole con el delirio que le amaba, y viéndose casi reducida á la miseria y con tres hijos de corta edad, revelase su semblante el triste estado de su alma, alma por demás sensible, á pesar de que llevaba, en el momento en que la presentamos en escena, un año de viudez.

El mayor de los azotes que pueden caer sobre un pueblo es la guerra civil.

A la derecha de Catalina se hallaba sentado el cura párroco del pueblo, hombre de unos sesenta años, persona muy respetable por su caridad é ilustracion, y que habiendo sido un amigo inseparable de Pumarino, miraba como un deber sagrado el consolar, por cuantos medios estaban á sus alcances, á la infeliz Catalina.

El hijo mayor de esta, que apenas contaba entonces catorce años, ocupaba un asiento á la izquierda de su madre y la acariciaba tiernamente, cuando los tristes recuerdos que acibaraban su existencia, la obligaban á llevar el pañuelo á los ojos para secar y ocultar las lágrimas que corrian involuntariamente por sus pálidas mejillas.

Frente á este se hallaba una hermosa niña, de once años escasos, y cuyo rostro angelical anunciaba un alma sensible y un corazon bueno y tiernísimo.

Hija única de un hermano del párroco y huérfana de padre y madre, á consecuencia de los terribles estragos del cólera morbo en 1834, se hallaba desde entonces en compañía de su tío, que se esmeraba en darla una educacion tan distinguida como los elementos del pueblo lo permitian, y en procurar, á fuerza de cuidados y de cariño, hacerla menos sensible la falta de los autores de sus dias, á cuya empresa contribuia tambien la viuda de Pumarino con la tierna solicitud de una madre.

Entre estos dos niños, que se miraban como hermanos, que se veian á todas horas, que habian ido juntos á la escuela, que jugaban siempre juntos, existia una secreta simpatía que los obligaba á buscarse á todas horas, y á no estar satisfechos sino cuando se hallaban el uno al lado del otro.

La peste y la guerra, estos dos terribles azotes de la humanidad, habian alumbrado con sus fúnebres antorchas los primeros años de estas tiernas criaturas, proporcionándolas un mismo presente, y quizás vagaba ya por sus infantiles fantasias la idea de un mismo porvenir.

En medio de los dos niños y ocupando el puesto de preferencia, se hallaba sentado un joven de veinte y cinco años, alto, delgado, de tez morena y algun tanto atezada por el influjo de los elementos, de ojos vivos, negros y rasgados, de dulce y cariñosa mirada, y cuyo traje y maneras daban á conocer desde luego que á pesar de hallarse entonces á ocho leguas de la costa, su elemento habitual era los mares.

Y efectivamente, este joven, á quien hemos oido decir que tenia demasiado lastre á bordo, era el primer piloto del bergantin *Pelayo* que se estaba preparando en el puerto de Gijón, con destino á la capital de la mas preciosa de nuestras colonias.

Era natural de Luanco, pequeño puerto situado al Este y á las inmediaciones del cabo de Peñas. Hermano único del difunto Pumarino, á quien profesaba un amor y un respeto casi filiales por haber quedado sin padre en edad muy temprana, jamás emprendia un viaje largo sin despedirse personalmente de la viuda y de los hijos de aquel, á quienes socorria tan liberalmente como su fortuna se lo permitia.

Esta vez su viaje á Cabañaquinta tenia un doble objeto. Catalina le habia rogado en una carta que pasase á verla algunos dias antes de su salida para la Habana, con el fin de consultarle sobre un asunto de mucha importancia y trascendencia, y el marino se habia apresurado á satisfacer los deseos de la que amaba como una hermana.

Catalina y el cura le estaban esperando con ansiedad, y media hora despues de su llegada habian servido la cena.

En vano el piloto del *Pelayo*, deseoso de conocer el porqué de la precipitacion con que se le habia llamado, se acercó varias veces á la viuda interrogándola con la vista. Catalina, mas triste aquella noche que de costumbre, esquivaba sus miradas, se cubria el rostro con el pañuelo, y dirigia despues sus ojos arrasados de lágrimas al párroco que tenia á su derecha.

Este procuraba infundirle valor y serenidad, y parecia decirle con la vista: no es tiempo aun.

Pumarino se encogia de hombros en vista de aquella misteriosa pantomima, si bien se le alcanzaba que estaria relacionada con el objeto de su viaje, y que se trataria de un asunto no muy grato para su pobre hermana; pero de carácter alegre, como la mayor parte de los hombres de su profesion, se habia sentado á la mesa resuelto á cenar tranquilamente.

— El cariz anuncia tormenta, habia dicho para sí; comamos y bebamos con calma, antes que se nos venga encima el chubasco.

Y efectivamente, el piloto del *Pelayo* comió y bebió con el apetito de un joven robusto á quien no inquietan pesares, y que habia caminado aquel dia ocho leguas á caballo.

Cuando introducíamos á nuestros lectores en el modesto comedor, la cena estaba á punto de terminarse.

Catalina hizo levantar de la mesa á los dos niños, los besó cariñosamente y les ordenó que fuesen á jugar un rato en la cocina, mandato que obedecieron con visibles muestras de contento. La viuda de Pumarino siguió por unos momentos á su hijo con la vista, y cuando volvió la cabeza su rostro estaba encendido, sus ojos preñados de lágrimas, y de su pecho se escapó á pesar suyo un suspiro.

La triste Catalina debia sufrir mucho en aquellos momentos.

El eclesiástico la contemplaba con vivo interés, me-

neaba tristemente la cabeza, y luchaba entre el temor y el deseo de romper el silencio.

— Y bien, Catalina — la dijo al fin el piloto deseando poner término á aquella escena muda y sentimental, que creyó y no sin razon relacionada con el objeto de su viaje — cuando á un hombre se le hacen correr á todo trapo ocho leguas, con algun fin será. Sabes que soy tu hermano y que te quiero ¡voto á tal! Larga cable y sepamos de una vez lo que pasa. ¡Qué diablo!... Con gemir y suspirar nada se adelanta, y ¡y por san Telmo! que si sigues así, vas á conseguir que el marinero mas duro de la costa de Cantabria gima como una fragata vieja en el momento de zozobrar.

Y el conmovido piloto llevó con disimulo la servilleta á los ojos, porque á pesar de los esfuerzos que hacia por aparecer tranquilo y sereno, sus pupilas se iban humedeciendo.

A su franca y directa interpelacion se siguieron algunos instantes de silencio en que los tres interlocutores parecian sumidos en un triste letargo.

Catalina dirigió al buen sacerdote una mirada suplicante.

— Ya sabeis, amigo mio, — dijo este secundando los deseos de la viuda y dirigiéndose al marino — que vuestro hermano al morir dejó á Catalina con muy cortos recursos y con tres niños, uno de ellos mamando aun.

— Así es, por desgracia.

— La corta pension que el gobierno le ha concedido, y vuestra generosidad...

— No hablemos de eso, señor cura. Soy solo, tengo pocas necesidades, gano lo bastante para vivir con holgura, y en nada podria emplear mejor unos ahorros, que en mi poder no llevarian muy buen viaje, que en aliviar la suerte de mi pobre hermana. Ojalá se hallasen abarrotados de oro mis baules para poder trasbordarlo á los suyos.

Catalina le dirigió una mirada que encerraba un mundo de gratitud.

— Pues bien, amigo mio — prosiguió el sacerdote — los niños crecen; las necesidades crecen tambien de dia en dia...

— ¡Cómo! — exclamó Pumarino dirigiéndose á su hermana. — ¿Pasas necesidades y no me lo has escrito? Eso no será ¡voto á los penoles del *Pelayo*! mientras yo tenga en mi bolsillo una sola peseta.

Y depositó sobre la mesa todo el dinero que llevaba consigo.

— Aquí tienes mi caudal, prosiguió el piloto; toma de él cuanto necesites, y si lo necesitas todo...

— Gracias, hermano mio.

— Las gracias para despues que lo hayas tomado. Cuando un buque se alija de lastre es una prueba de que no lo necesita; y aunque lo necesitara ¡voto al diablo! aunque lo necesitara seria lo mismo.

— Te aseguro — le interrumpió Catalina temblando de emocion y devolviéndole el bolsillo — que por ahora tengo cuanto dinero me hace falta, y que no he tocado aun á la última cantidad que me mandaste.

— ¿A qué vienen pues esas lágrimas? ¿Porqué te encuentro hoy mucho mas afligida que la última vez que recalé á tu casa?

Me llamas; levo al instante mis anclas; me vengo aquí en popa cerrada; atraco á tu costado de babor, te pregunto y callas. ¿Qué es lo que te pasa, mi buena Catalina? ¿Dudas acaso de mi cariño? ¡Oh! ¡por san Telmo! que si así fuese...

— No creais eso, amigo mio — se apresuró á decir el párroco, viendo asomar las lágrimas á los ojos de la viuda — Catalina tiene en vos mas confianza que nunca, pero sufre mucho; su corazon de madre está desgarrado; el deber y la necesidad le imponen un deber muy superior á sus fuerzas, agotadas por el sufrimiento, y no debeis extrañar las lágrimas que se agolpan á sus ojos, ni los suspiros que se escapan á su pecho.

— ¿Ocurre alguna desgracia? — preguntó sobresaltado el piloto.

— Vuestro sobrino Casimiro...

— ¿Navega de mala vuelta? ¿Se atreve á darla disgustos?

— Todo menos eso, amigo mio.

— Me alegre ¡voto á mil huracanes! porque antes de verle convertido en un mal hijo, seria capaz de colgarle del penol de una verga, para escarmiento de sus hermanos.

— ¡Si supieses qué bueno y qué cariñoso es para conmigo! — le dijo Catalina. — Tan bueno y tan cariñoso como su padre.

Y las lágrimas inundaron de nuevo el rostro de la viuda de Pumarino.

— ¡Qué diablo! — la dijo conmovido el piloto, acercando a ella su silla y tomándola cariñosamente las manos. — Con las lágrimas que has derramado desde que mi pobre hermano se fué á pique, podria permanecer á flote el navio *Trinidad*. Santo y bueno que lo sientas; pero no tanto, Catalina; no tanto, porque en eso ofendes á Dios. — ¿No es verdad, señor cura, que ofende al Señor con estar llorando á todas horas como si hubiese muerto ayer su marido? — El cielo te ha dado tres hijos, y es preciso que vivas para ellos.

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! — exclamó Catalina habiando consigo misma. — Tres hijos de los cuales voy á perder el primero!

— ¿Qué hablas ahí de perder? — la preguntó el piloto mirándola con asombro.

— No la hagais caso — se apresuró á decir el sacerdote. — El cariño maternal le hace descubrir peligros donde en realidad no existen. El niño se halla próximo á cumplir catorce años y tiene excelentes disposiciones; su padre le destinaba á la carrera de medicina, y á no haberle perdido, habria pasado en el último curso á la universidad; pero el Señor, que todo lo puede, ha dispuesto las cosas de otro modo y no hay mas remedio que conformarse con su santa voluntad; pero como el tiempo vuela, y como melido Casimiro en esta pobre aldea no pasaria de ser un pobre labrador, hemos pensado que mandándole á la Habana...

Un ligero ruido como si alguno hubiese cerrado cautelosamente la puerta del comedor, hizo que los tres interlocutores dirigiesen hácia aquella parte la vista. La puerta no se movía.

— Hable Vd. mas bajo, por Dios — dijo Catalina dirigiéndose al párroco. — Hable Vd. mas bajo; porque si él tan sensible, se aperciese de que quiero separarle de mi lado sin prepararle antes para recibir un golpe tan cruel, se moriría de pesar.

— Pues bien, amigo mio — prosiguió el buen sacerdote bajando algun tanto la voz — ya sabeis todo el misterio y el porqué de la tristeza y de las lágrimas de vuestra hermana. La infeliz teme que en un viaje tan largo...

— ¿Se muera? ¡Qué disparate! ¿No voy yo á las Antillas y vuelvo dos ó tres veces al año sin el menor contratiempo?

— Eso mismo la digo yo. Y dando la casualidad de que Vd. está próximo á emprender ese viaje, aconsejé á Catalina que le llamase, que consultase el parecer de Vd., y que una vez decidida á mandarlo, lo hiciese en su compañía, con lo cual el niño irá perfectamente cuidado y ella se quedará menos afligida.

— Y bien, ¿qué dices tú á esto? — preguntó el piloto á su hermana. — ¿Consentirás que me lo lleve? Te lo cuidaré mucho, mucho, durante el viaje, y no le faltará una buena colocacion en cuanto lleguemos á la isla.

— ¡Es una navegacion tan larga! — repuso tristemente Catalina.

— Otras hay mucho mayores. Hoy se va de Gijón á la Habana antes y con menos exposicion que á Barcelona.

— ¡Y luego ese maldito vómito!...

— Algunas personas largan con él la corredera; pero son en menos número de lo que por aquí se cuenta. El buque que está destinado á naufragar antes de llegar á viejo, lo mismo se cuela por ojo aquí que en Flandes.

— ¡Pasará el infeliz tantos trabajos!...

— El hombre ha nacido para remar y remar; pero llegando con felicidad al puerto, olvida por el presente lo pasado.

— Soy de la misma opinion, amigo mio — añadió el eclesiástico, animado al ver que el semblante de Catalina se serenaba por momentos. — Soy de la misma opinion, y así se lo he dicho muchas veces á vuestra hermana. Además, si el niño se quedase entre nosotros, seria durante algunos años una carga pesada para su madre. Ella siente, y es muy natural, separarse de su lado, y hace algunos meses que lucho por convencerla á que haga este penosísimo sacrificio, en aras del bienestar de ese mismo hijo, á quien tanto idolatra, y que quizás algun día podria reconvenirle, porque teniendo ocasion de hacerlo, no le habia puesto en camino de hacer fortuna.

— ¡Fortuna! dijo Catalina meneando tristemente la cabeza.

— Ya se ve que la hará, — repuso el marino con el acento de la conviccion mas profunda. — ¡Y cómo te alegrarás al abrazarle dentro de algunos años, hecho ya un hombre y abarrotado de oro hasta las bocas de la escotilla!... Con que no hablemos mas sobre el asunto, pasaremos aquí reunidos cuatro dias lo mas alegremente posible; le arreglas su ropilla de viaje y me lo llevo. Nada de pensar en el pasaje, porque este gasto y el vestirlo en cuanto lleguemos, corren exclusivamente de mi cuenta.

— ¡Cuánto te debo, hermano mio! — exclamó la buena Catalina oprimiendo entre las suyas las manos del piloto.

— Estamos conformes ¿no es verdad? Pero no has de llorar ni entristecerte, porque abrigo la conviccion de que tu hijo hará un magnífico viaje redondo, y que será algun día tu consuelo y el protector de sus hermanos.

En aquel momento se oyeron tras de la puerta un gemido y un golpe como el que produce un cuerpo humano al caer desplomado.

Los tres interlocutores se dirigieron sobresaltados á la puerta, que permanecía cerrada. Al abrirla, lanzaron los tres un grito de espanto.

Eloisa, la hermosa niña que habia salido del comedor momentos antes, estaba tendida en el suelo sin sentido, y Casimiro arrodillado junto á ella y cubriéndola de caricias y de lágrimas, se esforzaba inútilmente por levantarla.

En los primeros momentos la creyeron muerta; tal eran la palidez y la frialdad de su rostro; pero no lo estaba.

Aquellas dos sensibles criaturas, sospechando por lo

que habian visto y oído que en el comedor debia pasar alguna cosa extraordinaria, se habian puesto á escuchar y recibieron el castigo de su falta.

BALDOMERO MENEDEZ.

Revista de Paris.

Paris pasa esta semana en la expectativa de las grandes fiestas que se están disponiendo para los dias 14 y 15 de agosto. El 14 tendrá lugar la entrada solemne de las tropas del ejército de Italia acampadas hoy en la extensa llanura de Saint-Maur; el movimiento principiará en la Bastilla á las nueve de la mañana, y el desfile se verificará en el órden siguiente:

1º Los soldados con las banderas austriacas cogidas en el campo de batalla.

2º El emperador y su estado mayor.

3º La guardia imperial con el mariscal Regnaut de Saint-Jean de Angely.

4º El primer cuerpo de ejército con el mariscal Baraguey de Hilliers.

5º El segundo cuerpo de ejército con el mariscal MacMahon, duque de Magenta.

6º El tercer cuerpo de ejército con el mariscal Canrobert.

7º El cuarto cuerpo de ejército con el mariscal Niel.

Cerrarán la marcha las piezas de artillería cogidas á los austriacos.

Los heridos marcharán á la cabeza de los regimientos á que pertenecen.

Todo Paris desea ardientemente presenciar la entrada de las tropas que han conquistado tan grandes victorias en Italia. El boulevard estará adornado con arcos de triunfo, y en la plaza Vendome, que es donde tendrá lugar el desfile, se han levantado tribunas para mas de veinte mil personas. Los balcones de la carrera se alquilan á precios exorbitantes. Dicese que en la esquina de la calle Richelieu se han dado por seis balcones diez mil francos.

El 15 de agosto se celebrará la fiesta nacional con lo de costumbre; salvas, limosnas á los pobres, funciones de teatros gratis, fuegos artificiales é iluminaciones. Estas deben ser brillantísimas segun el programa.

Mientras llegan estos dias de regocijos públicos, los parisienses acuden en masa al campo de Saint-Maur para visitar á los soldados, que esperan el momento de hacer su entrada, acampados como en tiempo de guerra.

El domingo último desde por la mañana el camino que conduce al campamento estaba lleno de carruajes, y sobre todo de gente, pues todos los vehículos de la capital no habrian bastado para el transporte de la muchedumbre. El aspecto del vasto campo improvisado en la llanura de Saint-Maur es curioso: bástenos decir que hay en él mas de ochenta mil hombres de todas armas. No hacemos aquí su descripción, porque debemos reservarla para acompañarla con sus correspondientes dibujos.

En la última semana ha muerto en el hospital M. Privat de Anglemont, un escritor parisiense para quien las letras han sido muy ingratas, pues nunca ha podido salir de la miseria. Concedor de los misterios de esta gran capital tanto por lo menos como el famoso novelista Eugenio Sue, ha dejado una obra en que nos cuenta y nos describe las «pequeñas industrias y los oficios menudos» que existen en Paris, obra curiosísima como ninguna, de la que vamos á dar una ligera idea á nuestros lectores.

Un escollo tiene para nosotros este análisis. M. Privat de Anglemont ha recorrido lugares tan nauseabundos, ha profundizado cosas tan repugnantes, que nuestra pluma se resiste á seguirle. Por esta razon dejaremos en la sombra ciertas industrias, aunque quede incompleto el exámen que nos proponemos.

Hé aquí para principiar tres oficios famosos: «la despertadora, el ángel guardian de las tabernas y el pastor en guardilla.»

¿Qué es una despertadora? — Su nombre lo dice claramente: es una infeliz mujer que duerme un poco de dia y nada de noche, y que á las dos de la madrugada hace el oficio del gallo por algunos sueldos. Despierta por abono á los vendedores de los mercados, á los mozos y aun á los compradores que desean estar muy temprano en la plaza.

Para cada uno de ellos tiene un grito convenido, á veces un silbido que lanza desde la calle, y al que debe responder el abonado desde arriba con un gruñido ó con una palabra cualquiera. Cuanto mas alto gruñe mas contenta se queda la despertadora, por la razon de que su parroquiano la ha oído.

Si no oye nada, sube, empuja la puerta que queda abierta siempre, y arranca del sueño al abonado recalcitrante. ¡Ay de ella en este caso! El durmiente no es siempre dueño de su primer impulso, y á veces recibe la infeliz sendas bofetadas.

«Ya cuenta con ellas, dice M. Privat, pero nada la conmueve; sabe que cumple con su deber, y no se incomoda con los que la injurian, persuadida de que mas tarde la darán las gracias.»

Otro tipo magnánimo y generoso es el «ángel guardian de las tabernas.» El ruido no le asusta, y no retrocederá en su cometido por un bofetón mas ó menos que reciba.

Un buen ángel guardian debe ser sobrio, pues de otra manera empinaria el codo con su protegido y su proteccion seria nula. Además debe ser valiente, pues con frecuencia tiene que luchar contra hombres forzados y mal intencionados en la embriaguez.

Por último, debe ser hombre de una probidad acrisolada.

Sin este requisito podria aprovechar la ocasion y robar al beodo cuando le acompaña á su domicilio.

En suma, el ángel guardian debe reunir á la fuerza corporal una gran fuerza de alma.

¿Y qué es lo que gana en su laudable tarea? Medio franco por cada beodo que acompaña de la taberna á su casa: es precio fijo.

«El ángel guardian, añade Privat, es una especie de poeta, un visionario, muy dado á la vida contemplativa; es el lazarrone de Paris; se contenta con muy poco y vive de ilusiones. Rara vez gana mas de dos francos diarios, excepto los domingos. Los parroquianos le respetan y le prodigan muchas atenciones. Nunca encargan una comida sin convidarle, y él se muestra satisfecho con esas consideraciones y con su reputacion de hombre de conciencia pura y sin mancha. No hace abonos, pero se crea buenas relaciones para su vejez. Se citan dos que heredaron á un banquero muy rico, hombre muy dado á la bebida, que frecuentaba la taberna del Arrosoir en Montparnasse, y que á pesar de sus rentas y su passion por el vino barato, habia sabido conservar en el fondo de su corazon bastante gratitud para acordarse en su lecho de muerte de dos pobres diablos que tantas veces le habian evitado los peligros de marchar solo á su casa en las altas horas de la noche.»

Si el ángel guardian es filántropo, el «pastor en guardilla» no lo es menos. ¿Porqué M. Jacques Simon que posee en el sexto piso de una casa de la calle de Ecosse un redil muy digno de figurar con los rediles escoceses, mantiene en tales alturas, á noventa escalones sobre el nivel del empedrado de Paris un rebaño de cabras?

Es porque M. Jacques Simon cuida de los estómagos débiles, de los pechos delicados de su barrio. Cada cabra está sometida á un régimen distinto, segun la enfermedad del parroquiano que se alimenta con su leche.

En los compartimientos donde están los animales se leen letreros por este estilo:

«Melie, alimentada con zanahorias, para madama *** atacada de una enfermedad del hígado.»

«Marie-Noel, nacida en el establo de Jeanette y Marias, alimentada con heno iodurado, para el hijo de M... pobreza de sangre.»

Hemos dicho que M. Jacques Simon es un filántropo; sin embargo, esto no impide que en su idea haya un fondo de especulacion muy lucrativa.

Otra industria.

Todo el mundo sabe que durante el reinado de cierta medicina cuya boga desapareció hace mucho tiempo, se usaron las sanguijuelas con tal prodigalidad, que estuvo á punto de extinguirse su especie. La Francia se quedó des poblada de ellas; la Suiza, la Hungría y la Rusia que las producian en abundancia, no pudieron bastar para el consumo, y hubo que ir á buscarlas hasta el fondo del Asia Menor, por cuyo motivo se aumentó extraordinariamente su precio.

La escasez sin embargo era grande, y el sistema medical podia perecer por falta de este indispensable auxiliar. Entonces se inventaron las sanguijuelas mecánicas.

Madame Badeuil, citada en el libro de M. Privat, se burló mucho de esa invencion, porque esta señora se rie cuando oye decir que no puede servir dos veces una sanguijuela.

— Las tengo yo, decia á M. Privat, que me están sirviendo hace diez años.

— ¿Las mismas?

— Las mismas siempre.

— ¿Y cómo se gobierna Vd.?

— Ahí está el busilis.

Sin embargo, como es una buena mujer, Mme Badeuil concluí por declarar su famoso secreto.

— Una vez que han servido, decia, las cubro de sal, y cuando han soltado la sangre, las meto en una vasija tapada con un tamiz, que tiene un agujero en el fondo; coloco la vasija debajo de un caño de agua, y la dejo correr hasta que ya no arrojan mas sangre. Entonces tomo ceniza de leña tibia, y las restrego con ella entre dos trapos hasta que no resulta ninguna mancha; luego las vuelvo á bañar, y una hora despues la operacion está terminada.

— ¿Y pueden servir al otro dia?

— No, señor, tienen que seguir un tratamiento entero y verdadero. Tres dias despues tomo un poco de greda, hago con ella una bola hueca, y encierro á las sanguijuelas dentro de esa bola en que practico algunos agujeros y que envuelvo en un trapo mojado para que la greda no se ponga dura. Mis sanguijuelas ven la luz, quieren correr á ella, hacen esfuerzos para pasar por los agujerillos, y así concluyen de desangrarse completamente. Cuando las encuentro en el trapo están sanas y tan vacías como si acabaran de nacer, y pueden ser aplicadas sin peligro. Pero yo no quiero cansarlas, y así es que las pongo en un bocal particular, escribo encima la fecha y las voy sacando por turno. Tengo mas de dos mil que valen tanto como las que se venden en las boticas.

— ¿Pero Vd. no las vende?

— No, señor; las alquilo.

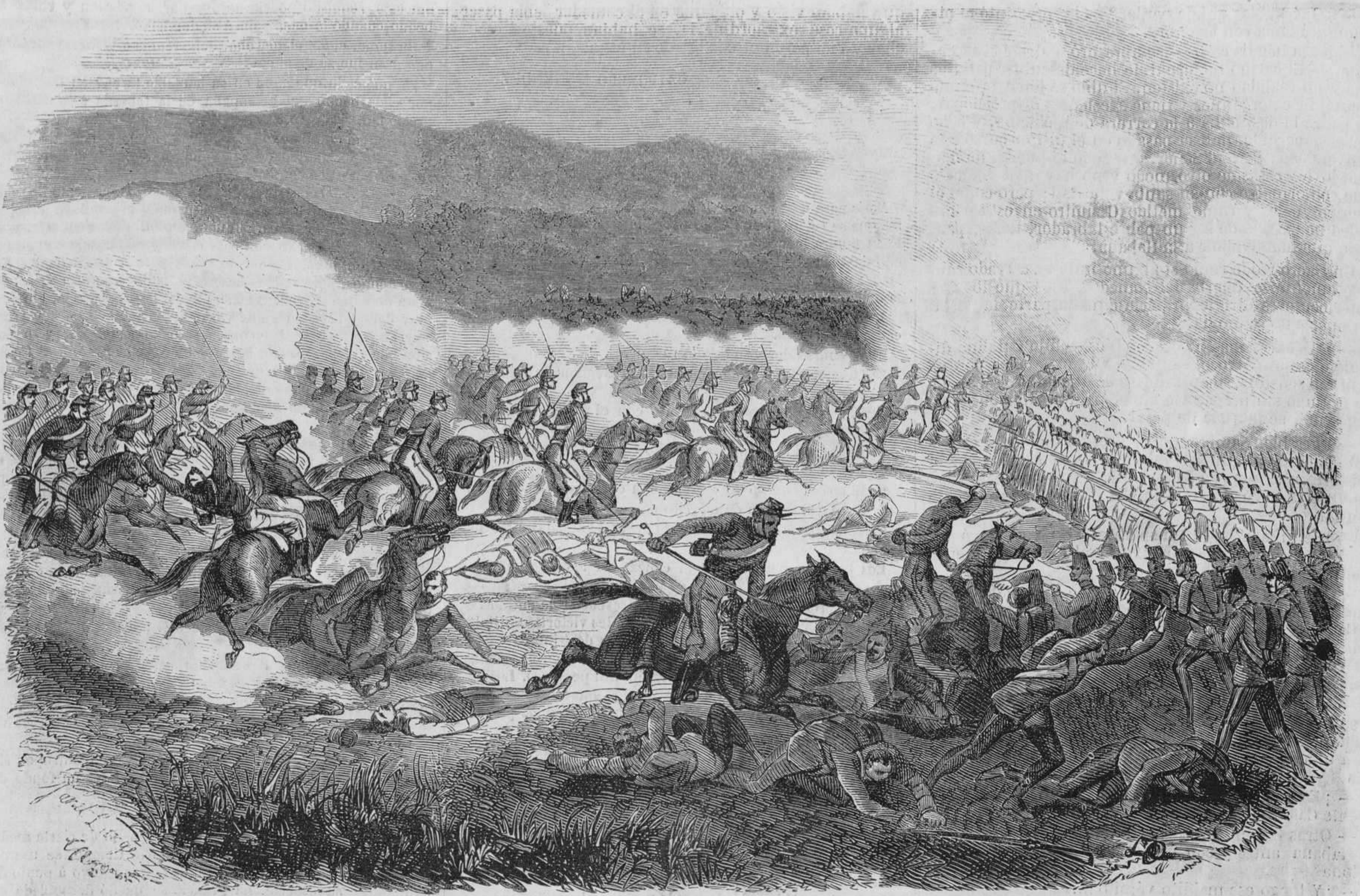
— ¿A qué precio?

— Casi por nada; franco y medio quince sanguijuelas y las pongo yo, pues no tengo confianza en nadie.

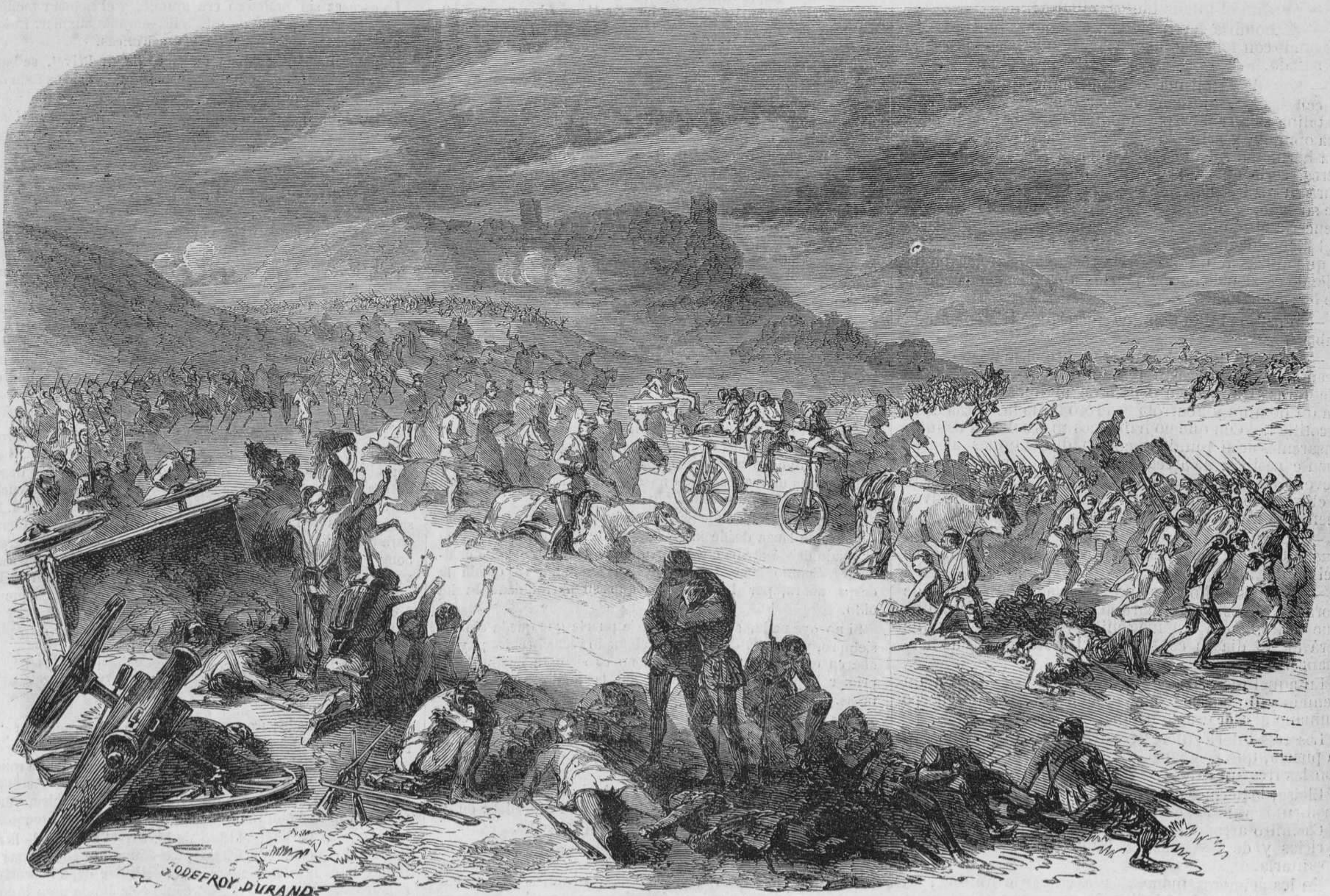
Privat, que habia estudiado la medicina, recomienda mucho el sistema de Mme Badeuil, y dice que los hombres científicos no han inventado otro mejor para conseguir el mismo fin, á pesar de que se han multiplicado mucho los experimentos.

Cuando se ha leído el libro de M. Privat se duda de la realidad de lo que en él se cuenta; sin embargo nada es mas verdadero, nada iguala el ingenio del infeliz que debe buscarse el pan de cada día en una ciudad como esta donde para todo sobra gente.

MARIANO URRABIETA.

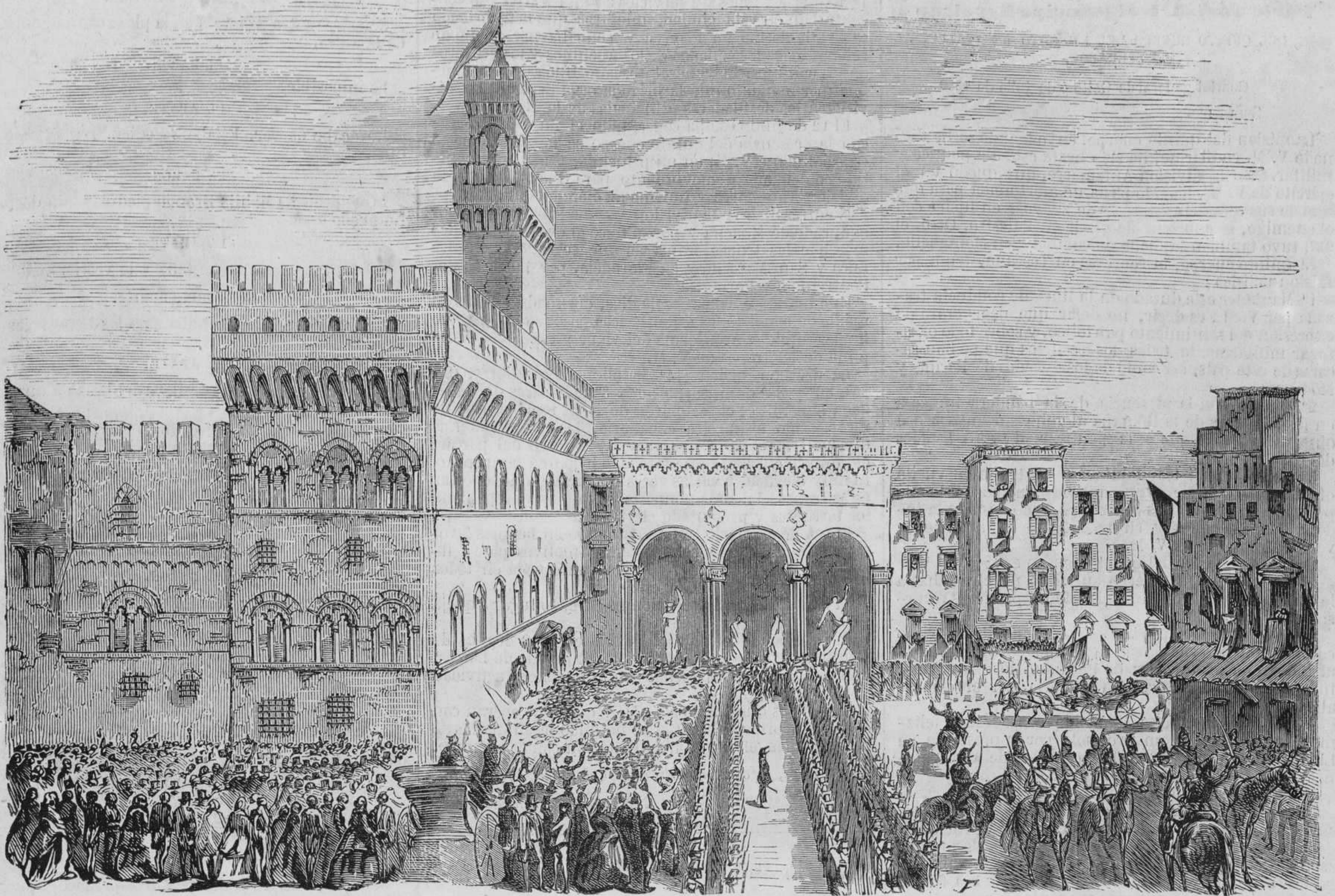


BATALLA DE SOLFERINO. — EL 1.º DE CAZADORES DE AFRICA CARGANDO A LAS MASAS AUSTRIACAS MAS ALLA DE SOLFERINO.



EL EJÉRCITO AUSTRIACO ABANDONANDO LAS POSICIONES DE VOLTA DESPUES DE LA BATALLA DE SOLFERINO.

DOEFROY DURAND



ENTRADA DEL PRINCIPE NAPOLEON EN FLORENCIA, EL 31 DE MAYO DE 1859.



LLEGADA DEL PRINCIPE NAPOLEON AL DESEMBOCADERO DEL PUENTE ARROJADO SOBRE EL PÓ, DELANTE DE CASAL-MAGGIORE.

Parte de S. A. I. el príncipe Napoleón

JEFE DEL QUINTO CUERPO DEL EJÉRCITO DE ITALIA, AL EMPERADOR.

Cuartel general de Goito 4 de julio de 1859.

Señor:

La misión del quinto cuerpo, cuyo mando se ha dignado V. M. confiarme, ha sido hasta este día política y militar. Solo la división Autemarre, que quedó en el ejército de V. M., ha sido bastante afortunada para que uno de sus regimientos, el 3º de zuavos, en lucha con el enemigo, se cubriera de gloria en Palestro. Otro, el 93º, tuvo también la dicha de combatir en Montebello.

El quinto cuerpo, al reunirse en Toscana, tenía por misión política:

1º Mantener este ducado en la línea de conducta trazada por V. M., es decir, no dejar que degenerara la expresión del sentimiento patriótico, y sobre todo organizar militarmente todos los recursos que podían sacarse de este país, así como de los ducados de Parma y Módena;

2º Obligar con la presencia de la bandera francesa en las fronteras de la Romaña al gobierno austriaco á observar estrictamente la neutralidad en los Estados del papa;

3º Garantizar á los habitantes contra una vuelta ofensiva del Austria, y permitirles que sin obstáculo pudieran demostrar sus simpatías á la causa de la independencia italiana y su reconocimiento á las benévolas intenciones de V. M.

La misión militar del quinto cuerpo era:

1º Impedir que un cuerpo austriaco penetrara hasta la Toscana, y privar al enemigo de los preciosos recursos de la Italia central;

2º Amenazar el flanco izquierdo del ejército austriaco comprometiendo sus líneas de retirada, y apresurar su abandono de los ducados de Parma y Módena, apenas fuese alcanzada la primera victoria por el ejército aliado.

Estos diversos objetos han sido conseguidos felizmente y sin disparar un tiro, solo por la presencia en Liorna, Florencia y los desembocaderos de los Apeninos de las tropas del quinto cuerpo.

1º Bajo el punto de vista político:

La Toscana ha disfrutado de la mayor tranquilidad, sin que su libertad fuese turbada. Bajo la protección de la bandera francesa, el ejército toscano, desorganizado después del 27 de abril, ha podido reorganizarse bastante pronto para que dé un apoyo de 8 á 10,000 soldados armados, equipados y prontos á medirse con el enemigo; para que una división de voluntarios, mandados por el general Mezzacapo, se organice igualmente en Florencia sin que el país quede privado del regimiento de gendarmes toscanos que asciende á 2,000 hombres y basta para mantener la tranquilidad; además, no ha sido violada la neutralidad por el enemigo en los Estados pontificios.

En fin, el entusiasmo que se ha producido en todos los puntos que ha recorrido el quinto cuerpo, desde el día que desembarcó en Liorna hasta que se ha reunido con el ejército de V. M.; las ovaciones que han recibido él y su jefe en Liorna, Florencia, Luca, Massa, Parma y en todas las localidades pequeñas ó grandes donde ha tenido que detenerse, son un testimonio auténtico y que no puede menos de producir un efecto moral considerable.

2º Bajo el punto de vista militar:

La presencia del quinto cuerpo en Toscana, ó mas bien de una división de infantería, una brigada de caballería y nueve baterías, ha contenido á los cuerpos austriacos que desde las orillas del Mincio parecían dispuestos á arrojar sobre las ricas llanuras contiguas al Pó; la presencia de este cuerpo, pronto á caer sobre el ejército austriaco, ha infundido en este ejército un temor bastante vivo para que se haya apresurado, después de la batalla de Magenta, á abandonar á Ancona, Bolonia y sucesivamente todas las posiciones situadas á la margen derecha del Pó, haciendo volar las obras que tanto tiempo y dinero le habían costado.

Tales son, Señor, los resultados de haber enviado el quinto cuerpo á Toscana y los ducados. Me queda ahora dar á conocer á V. M. en pocas palabras las operaciones, por desgracia enteramente pacíficas hasta el día, de la parte de este cuerpo reunido en Toscana.

El 12 de mayo último, casi la totalidad de la 1ª división del quinto cuerpo (división Autemarre) desembarcaba en Génova.

Yo mismo me encontraba en esta ciudad con parte de mi estado mayor.

El 14º y el 3º de zuavos, de la división Autemarre, fueron enviados á Bobbio.

El 17, el quinto cuerpo menos la división Autemarre, recibió orden de V. M. para dirigirse á Liorna, donde acababan de ser trasportadas directamente de Francia las tropas de la 2ª división (Ulrich) que llegaban de París. La brigada de caballería ligera del general Laperouse recibió también orden para embarcarse con rumbo á Liorna, mientras que la división Autemarre fué destacada provisionalmente del quinto cuerpo al primero acantonado en Voghera.

El 23 de mayo desembarqué en Liorna, donde no tardaron en concentrarse la 2ª división, la brigada de caballería, la artillería divisionaria, la artillería de reserva, y el parque que llegó de Francia.

El 31 de mayo trasladé mi cuartel general á Florencia. La 1ª brigada de la 2ª división, la caballería,

la artillería y todos los servicios administrativos se concentraban en esta ciudad, mientras que la 2ª brigada se dirigía de Luca á Pistoya y ocupaba por medio de retenes todos los collados de los Apeninos y los cruceros de los caminos. El general toscano Ulloa dirigía también por mandato mio la brigada organizada de su división á los desfiladeros principales de la Romaña.

El 12 de junio estaba conseguido el fin político que con la presencia del quinto cuerpo se había propuesto especialmente V. M. en un principio, y me fué permitido comenzar mi movimiento para incorporarme la división Autemarre y unirme al ejército de V. M.

Mientras dirigía la división toscana sobre Parma por el ducado de Módena y por el ducado de Abetone, hice marchar las tropas francesas que se hallaban entre Luca y San Marcello y en Florencia, por Luca, Massa, Pontremoli y Parma.

Esta marcha de diez y seis días, efectuada á veces en medio de condiciones atmosféricas poco favorables, me ha permitido convencerme del vigor y excelente disciplina de las tropas de V. M.

La división Ulrich (14º batallón de cazadores, 18º, 26º, 80º y 82º de línea), los 6º y 8º de húsares de la brigada Laperouse, el escuadrón de guías toscanos que he incorporado á nuestra caballería, las nueve baterías divisionarias ó de la reserva y las baterías del parque del quinto cuerpo, han marchado bajo una temperatura muy elevada, y varias veces han tenido que soportar estas tropas violentas tempestades que han aumentado los torrentes y presentado ciertas dificultades.

El estado sanitario se ha mantenido en las mas favorables condiciones, y solo he tenido motivos para felicitarme de la perfecta disciplina conservada en todos los cuerpos por los jefes y oficiales.

El contacto con la población no ha dado lugar á queja alguna.

El paso del Pó por Casal Maggiore, á 12 leguas de Mantua, así como la construcción del puente de barcas, han sido operaciones hechas con inteligencia, actividad y celo.

Las tropas que traigo á V. M. y que hoy operan con el ejército principal en Goito, no dudo serán dignas de las que, mas felices, se han batido ya con el enemigo.

El príncipe, jefe del quinto cuerpo del ejército de Italia,
NAPOLÉON (Gerónimo.)

PARA EL AMOR Y MUERTE NO HAY COSA FUERTE.**POR M. ALFREDO DE MUSSET.**

(Continuacion.)

ESCENA V.

(Una sala.)

EL BARON Y BLAZIUS.

BLAZIUS.

Señor, tengo que decirles una cosa; el abate bebe demasiado.

EL BARON.

Es imposible.

BLAZIUS.

Estoy seguro de ello; lo he advertido en la comida.

EL BARON.

No puede ser.

BLAZIUS.

Y al salir de la mesa andaba sobre las flores.

EL BARON.

¡Sobre las flores! Esto me confunde. ¿Y por qué no andaba por el sendero?

BLAZIUS.

Porque le flaqueaban las piernas y no sabía lo que hacía.

EL BARON, aparte.

Principio á creer que el señor abate tenía razón esta mañana. Blazius apesta á vino.

BLAZIUS.

Además comía como un gloton.

EL BARON.

¿De veras?

BLAZIUS.

Sí, señor; soltó algunas palabras latinas que fueron otros tantos solecismos.

EL BARON, aparte.

El olor de este hombre me es intolerable. Habis de tener entendido que yo no me ocupo jamás de lo que se come ni se bebe en mi casa; no soy un mayordomo.

BLAZIUS.

No quiero incomodaros, señor baron; disimuladme. Vuestro vino es exquisito.

EL BARON.

Lo hay bueno en mi bodega.

EL ABATE, saliendo.

Señor, vuestro hijo está en la plaza con la gente peor de la aldea.

EL BARON.

Es imposible.

EL ABATE.

Lo acabo de ver. Estaba recogiendo y tirando piedras.

EL BARON.

¿Qué decís? ¿Mi hijo tirando piedras? ¿Un doctor!... No puedo creerlo.

EL ABATE.

Señor, asomaos á la ventana y lo vereis.

EL BARON, aparte.

Blazius tiene razón; el abate no las tiene todas consigo.

EL ABATE.

Mirad hacia el lavadero; lleva del brazo á una joven aldeana.

EL BARON.

¡Cómo! ¡Mi hijo viene á seducir á mis vasallas! ¡Una aldeana del brazo y todos los pilluelos del lugar en su derredor!... Me siento furioso.

EL ABATE.

Su conducta merece un castigo.

EL BARON.

Todo está perdido; veamos si se puede poner remedio. (Vase.)

ACTO SEGUNDO.**ESCENA PRIMERA.**

(Un jardín.)

BLAZIUS Y MARCELINO.

BLAZIUS.

Señorito, vuestro padre está desesperado.

MARCELINO.

¿Y por qué?

BLAZIUS.

No ignorais que tenía el proyecto de casaros con vuestra prima Camila.

MARCELINO.

Muy bien; yo no deseo otra cosa.

BLAZIUS.

Sin embargo, el baron ha observado que no hay conformidad de caracteres.

MARCELINO.

Lo siento mucho; no puedo cambiar el mio.

BLAZIUS.

¿Y hareis con eso que el matrimonico no se verifique?

MARCELINO.

Os repito que deseo casarme con Camila. Podeis decirselo al baron.

BLAZIUS.

Señor, me retiro; llega vuestra prima. (Vase.) (Sale Camila.)

MARCELINO.

¡Cuánto madrugas, primita! ¿Te acuerdas de lo que te he dicho ayer? Eres bonita como un ángel.

CAMILA.

Hablemos formalmente, Marcelino; vuestro padre quiere casarnos, ignoro cuáles son vuestras ideas, pero voy á declararos las mías.

MARCELINO.

Sentiria mucho no gustaros.

CAMILA.

Nadie me gusta, no quiero casarme. Por esto no debe resentirse vuestro orgullo.

MARCELINO.

Yo no soy orgulloso, Camila.

CAMILA.

He venido aquí á recoger los bienes de mi madre, y mañana me vuelvo al convento.

MARCELINO.

Gracias por la franqueza; permíteme que estreche tu mano y quedemos buenos amigos.

CAMILA.

No me gusta que me toquen.

MARCELINO, tomándola la mano.

Dame la mano, Camila, te lo suplico. ¿Qué temes? ¿No quieres que nos casen? Está bien, no nos casarán; pero ¿es ese un motivo para aborrecernos? ¿No somos hermano y hermana? Cuando tu madre ordenó nuestro matrimonio en su testamento, quiso que nuestra amistad fuese eterna, no otra cosa. ¿Porqué casarnos? Mira aquí tu mano y la mía juntas; ¿crees precisa la bendición de un sacerdote para que permanezcan unidas de este modo hasta nuestro último suspiro? La protección de Dios nos basta.

CAMILA.

Celebro que mi negativa os sea indiferente.

MARCELINO.

No me es indiferente, Camila. Tu amor me habría dado la vida, pero tu amistad me servirá de consuelo. No te vayas mañana; ayer no quisiste dar conmigo una vuelta por el jardín porque veías en mí un marido contra tu gusto. Quédate aquí algunos días; permíteme conservar la esperanza de que nuestra vida pasada no ha muerto para siempre en tu corazón.

CAMILA.

Debo marcharme.

MARCELINO.

¿Y porqué?

CAMILA.

No puedo decirlo.

MARCELINO.

¿Amas á otro?

CAMILA.

No, pero quiero marcharme.

MARCELINO.

¿Irrevocablemente?

CAMILA.

Sí.

MARCELINO.

Adios, pues. Habría querido sentarme contigo bajo los castaños de la fuente y hablar un par de horas de nuestra vida pasada. Pero tú no quieres; adios, hija mía. (Vase.)

CAMILA, á Anastasia que sale.

¿Está todo dispuesto? ¿Marcharemos mañana? ¿Mi tutor concluyó sus cuentas?

ANASTASIA.

Sí, querida mía. El baron me llamó pécora ayer y tengo muchos deseos de perderle de vista.

CAMILA.

Tomad este billete que entregareis de mi parte á Marcelino antes de comer.

ANASTASIA.

¡Dios mio! ¿Escribís un billete á un hombre?

CAMILA.

¿No debo ser su esposa? Bien puedo escribirle.

ANASTASIA.

Ahora sale de aquí; ¿qué teneis que escribirle? ¿Vos, esposa de Marcelino!... ¿Olvidais vuestras intenciones de consagraros al Señor?

CAMILA.

Haced lo que os digo y disponedlo todo para nuestra marcha.

ESCENA II.

(El comedor. — Ponen la mesa.)

EL ABATE.

No cabe duda, hoy tambien le darán el puesto de honor. La silla que yo he ocupado tanto tiempo á la derecha del baron será la suya. ¡Y un hombre como ese me sustituye á mí! El mayordomo le dará la primera copa de Málaga, los manjares cuando lleguen á mí estarán ya destrozados y frios... ¡Dios mio! Que le dieran ese puesto ayer se concibe, porque acababa de llegar; era la primera vez que se sentaba á esta mesa al cabo de muchos años... ¡Y cómo devoraba!... No, no quiero sufrir tal afrenta. ¡Adios, venerable sillón donde me he reclinado tantas veces!... Adios, mesa opípara, casa hospitalaria hasta hoy; me vuelvo á mi choza antes que permanecer confundido entre la muchedumbre de los convidados; quiero como César ser el primero en el pueblo y no el segundo en Roma. (Vase.)

ESCENA III.

(Un campo delante de una casita.)

ROSITA Y MARCELINO.

MARCELINO.

Ya que tu madre no está, ven á dar conmigo un paseo.

ROSITA.

¿Creeis que sean lícitas tantas demostraciones de cariño?

MARCELINO.

¿Porqué no? ¿No eres la hermana de Camila? ¿No soy tu hermano lo mismo que lo soy de Camila?

ROSITA.

No os enfadeis por eso. Estais muy triste. ¿No se hace ya vuestro matrimonio?

MARCELINO.

Los aldeanos se acuerdan de que me querian; los perros del corral y los árboles del bosque se acuerdan tambien, pero Camila no se acuerda. ¿Y tu, Rosita, cuándo te casas?

ROSITA.

No hablemos de eso; hablemos del tiempo que hace, de esas flores y de estos prados.

MARCELINO.

De todo lo que quieras, de todo lo que puede pasar por tus labios sin quitarles esa sonrisa celeste que respeto mas que á mi vida. (Le da un beso.)

ROSITA.

Mirad, mirad esta gota de lluvia que me ha caido sobre la mano, y sin embargo, el cielo está bien puro.

MARCELINO.

Perdóname.

ROSITA.

¿Qué os he hecho para que lloreis?

ESCENA IV.

(En el palacio.)

BLAZIUS Y EL BARÓN.

BLAZIUS.

Señor, tengo que deciros una cosa muy extraña; hace un momento estaba en la galería, donde hallé por casualidad una botella... de agua, ¿cómo había de haber hallado una botella de vino en la galería? Me puse á beber un vaso de vino, quiero decir, de agua, para matar el tiempo, y estaba mirando por la ventana entre dos jarrones de flores de un gusto moderno, aunque son de imitación etrusca...

EL BARÓN.

¿Qué modo de hablar habeis adoptado! Vuestros discursos son inexplicables.

BLAZIUS.

Escuchadme, prestadme un momento de atención. Miraba pues, por la ventana... un poco de paciencia, es asunto en que está interesado el honor de la familia.

EL BARÓN.

¿De la familia! ¿Qué decís, Blazius? ¿Sabeis que somos treinta y siete varones y casi otras tantas hembras, tanto en París como en provincias?

BLAZIUS.

Dejadme continuar. En tanto que hebia un vaso de vino, quiero decir, de agua, para acelerar la digestión, veo pasar á Anastasia sin aliento.

EL BARÓN.

¿Sin aliento? explicaos.

BLAZIUS.

Y á su lado á Camila furiosa.

EL BARÓN.

¡Mi sobrina furiosa!

BLAZIUS.

Sí, señor.

EL BARÓN.

Eso es inaudito. ¿Conoceis la causa?

BLAZIUS.

Nada puedo afirmar; pero oí que exclamaba con fuerza: buscadle, haced lo que os digo, yo lo mando. Y pegaba con el abanico en el codo de Anastasia que daba un salto en la yerba á cada exclamación.

EL BARÓN.

¿En la yerba!... ¿Y qué respondía Anastasia á las extravagancias de mi sobrina? Porque esa conducta no merece otra calificación.

BLAZIUS.

Anastasia respondía: no quiero ir, no le he encontrado. Está enamorando á las mozas del lugar, á las pastoras. Yo soy ya vieja para llevar mensajes amorosos; gracias á Dios, hasta hoy mis manos no se han empleado en eso. — Y al hablar así arrugaba entre sus dedos un papelito doblado.

EL BARÓN.

No lo entiendo, mis ideas se confunden. ¿Qué razón podía tener Anastasia para arrugar un papel doblado y para saltar sobre la yerba? No puedo creer tales monstruosidades.

BLAZIUS.

¿No comprendéis con claridad lo que todo eso significa?

EL BARÓN.

No, no, amigo mio, no lo comprendo, porque no veo motivo alguno que justifique esa conducta desordenada.

BLAZIUS.

Pues quiere decir que vuestra sobrina escribe en secreto.

EL BARÓN.

¿Qué decís? ¿Sabeis de quién habláis? Cuidado; pesad vuestras palabras.

BLAZIUS.

Aun cuando las pesara en la balanza celeste que debe pesar mi alma en el juicio final, no hallaría una sola de que arrepentirme. Vuestra sobrina escribe en secreto.

EL BARÓN.

¿Y á quién se dirigía la carta?

BLAZIUS.

¿A quién había de ser? A un hombre que hace la corte á las aldeanas. Sin embargo, me parece imposible que vuestra sobrina con la educación que ha recibido esté prendada de ese hombre; por esto dudo yo tambien de lo que he visto.

EL BARÓN.

¡Cielos! Mi sobrina ha declarado esta mañana que no quería casarse con Marcelino. ¿Estará enamorada de un pastor? Pasemos á mi gabinete; desde ayer me pasan tales cosas que se trastorna mi juicio.

ESCENA V.

(Una fuente en un bosque.)

Salé MARCELINO leyendo un billete.

« Al medio día os espero en la fuente. » ¿Qué quiere decir esto? ¿Pantá frialdad, un no tan positivo y tan cruel, un orgullo tan insensible y despues una cita!... Si es para hablar de negocios ¿porqué elige este lugar? ¿Es por coquetería? Esta mañana cuando me paseaba con Rosita me pareció oír ruido de pasos entre los matorrales... ¿Habrá aquí alguna intriga? (Sale Camila.)

CAMILA.

Buenos días, Marcelino; se me ha figurado que esta mañana me dejásteis con tristeza. Me tomásteis la mano á pesar mio, y ahora vengo á pedirlos la vuestra; os he negado un abrazo, aquí le teneis. (Le da un abrazo.) Me habeis dicho que os gustaría que habláramos como buenos amigos. Sentaos aquí y hablemos. (Se sienta.)

MARCELINO.

¿He soñado ó estoy soñando ahora?

CAMILA.

Os ha extrañado recibir una carta mía, ¿no es verdad? Yo tengo capricho; pero esta mañana me dijisteis que debíamos separarnos como buenos amigos, y así debe de ser. Ignorais la razón que me asiste para marcharme y quiero deciroslo: voy á tomar el velo.

MARCELINO.

¿Qué oigo? ¿Eres tú, Camila, quien está sentada á la orilla de esta fuente como en nuestra niñez?

CAMILA.

Sí, yo soy; quiero vivir un cuarto de hora con la vida pasada. Os he parecido altanera y desdenosa, y es muy natural, porque he renunciado al mundo. Sin embargo, antes de dejarle, desearia conocer vuestra opinión. ¿Os parece que debo hacerme religiosa?

MARCELINO.

No me interrogueis sobre ese punto; yo no entraria jamás en un convento.

CAMILA.

En los diez años que hemos pasado lejos uno de otro habeis comenzado la experiencia de la vida. Sé quién sois, y con un corazón como el vuestro en poco tiempo debeis haber aprendido mucho. Decidme: ¿habeis tenido amores?

MARCELINO.

¿Porqué esa pregunta?

CAMILA.

Os suplico que me respondais sin modestia y sin fatuidad.

MARCELINO.

Sí, he tenido amores pasajeros, caprichos.

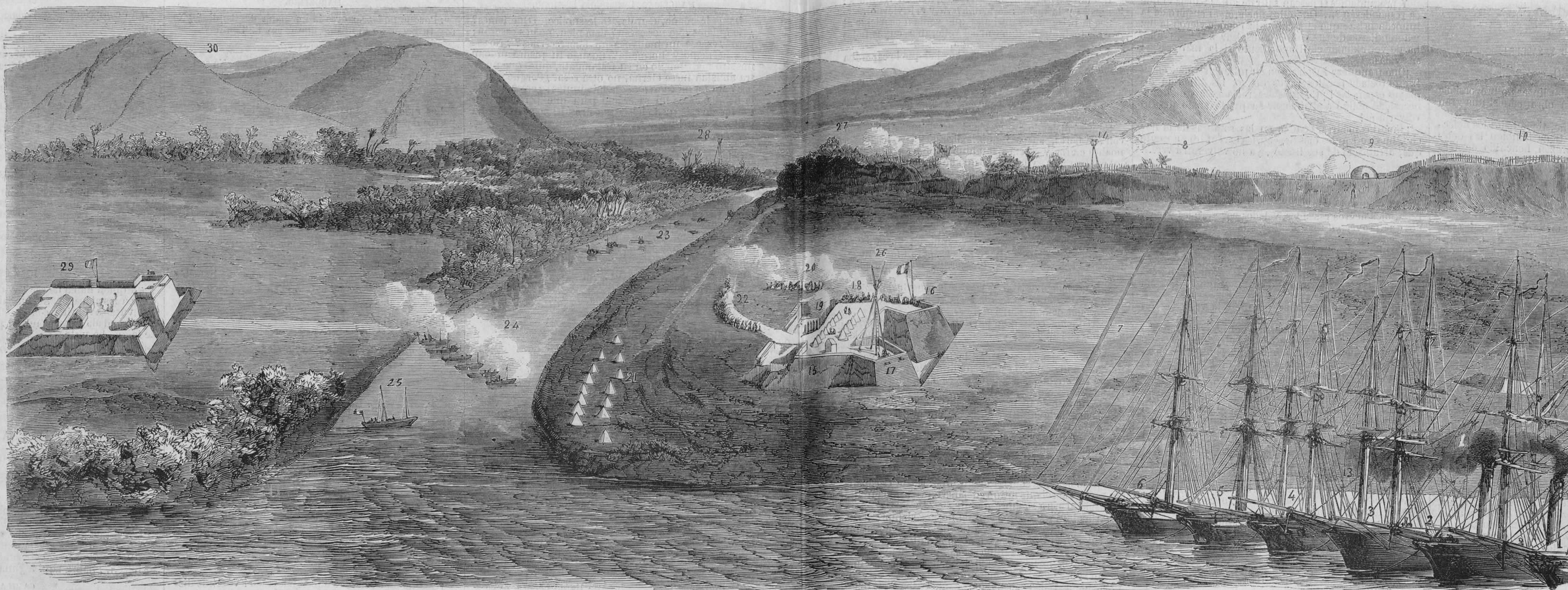
CAMILA.

¿Y dónde están las que habeis amado?

MARCELINO.

¿Qué preguntas! Lo ignoro; no siendo ni su marido ni su hermano, no he tratado de indagar su paradero. (Se continuará.)

- 1. La cañonera *l'Albatros*.
- 2. La corbeta de vapor *le Laplace*.
- 3. La corbeta de vapor *le Phlegéon*.
- 4. La cañonera *la Miraille*.
- 5. La cañonera *l'Alarme*.
- 6. La cañonera *la Fusée*.
- 7. Trinchera que sirve á los cochinchinos para acercarse al fuerte del Oeste.
- 8. Obra nueva.
- 9. El *Horno*, batería con casamatas.
- 10. Bastion llamado el *Gallinero*, que bate el pié de toda la línea.
- 11. Batería de cuatro piezas de grueso calibre, construida contra el fuerte del Oeste.
- 12. Batería de tres piezas.
- 13. Columna de la derecha desembarcando en la playa.
- 14. Mirador cochinchino.
- 15. Fuerte del Oeste.
- 16. Bastion armado con dos piezas de 30.



- 17. Bastion armado con cinco piezas de 30.
- 18. Batería de morteros españoles.
- 19. Obuses de montaña.
- 20. Batería *Lacour*, cuatro obuses rayados y dos obuses de marina.
- 21. Playa de desembarco.
- 22. La reserva saliendo del fuerte del Oeste para dar el asalto.
- 23. La columna de la izquierda yendo á desembarcar detrás de la primera línea.
- 24. La flotilla de embarcaciones armadas en guerra.
- 25. *Lartcha*, sirviendo de cuartel general á la flotilla.
- 26. Mirador francés.
- 27. Obra por donde se atravesó la primera línea enemiga.
- 28. Segundo mirador cochinchino.
- 29. Fuerte del Este; dos cañones-obuses en los dos bastiones dan frente al río.
- 30. Montañas de Marmol.

TOMA DE LAS LINEAS COCHINCHINAS DEL RIO DE TURANA, EL 8 DE MAYO DE 1859.

Cochinchina.

Turana 22 de mayo de 1859.

Desde que estamos en posesion de los dos fuertes llamados del Este y del Oeste que dominan la embocadura del rio de Turana, los anamitas no han juzgado prudente intentar un ataque directo; pero habiéndose acercado con precaucion por el lado de la tierra firme, habian elevado á unos dos kilómetros de distancia y en el espacio de una legua, varias obras de tierra bastante fuertes que estaban rodeadas de fosos profundos cortados á pico, y formaban un sistema de fortificaciones fáciles de defender con una buena artillería.

Dos observatorios de bambú á que dimos el nombre de *miradores*, fueron elevados á cada extremo de la línea á la derecha y á la izquierda del rio, á fin de poder explorar mejor nuestros movimientos, y algunos hornos de cal que se encontraban junto á un cerro detrás de la línea fortificada, fueron convertidos en fortalezas ó depósitos de municiones.

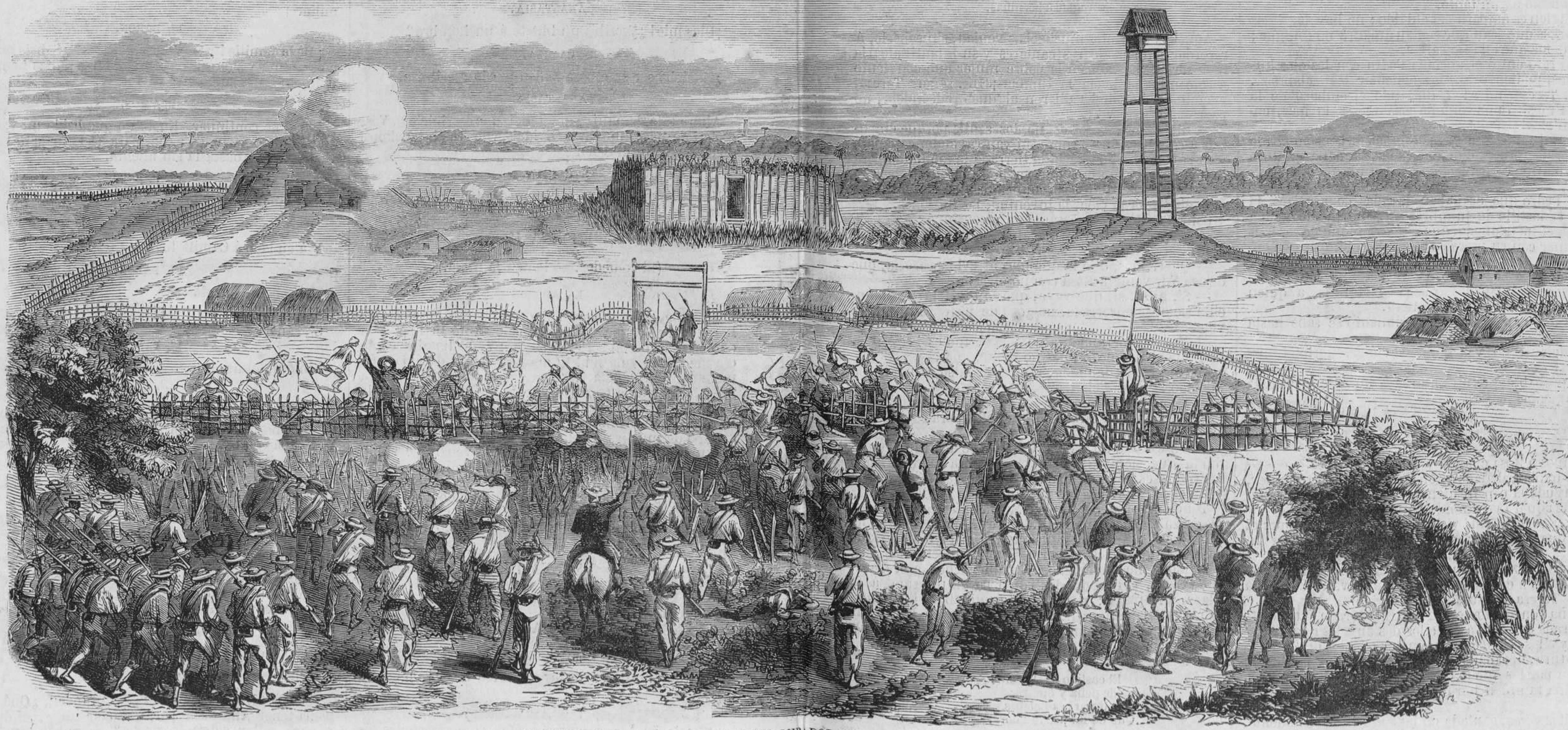
Ninguna tentativa se habia hecho aun contra nosotros el 7 de mayo; sin embargo, como podia distinguirse con el antejo que habia un gran movimiento en el campo anamita, el almirante creyó llegado el caso de tomar la ofensiva, y aprovechando los refuerzos que *la Marine* acababa de traer de Francia, ordenó el ataque general de las líneas enemigas para el 8 de mayo al amanecer.

Los dos fuertes comenzaron la accion por el bombardeo de la línea del *Mirador* de la derecha, donde estaba reunida la mayor parte de las fuerzas cochinchinas; las baterías de las dos corbetas de vapor y de las cuatro cañoneras fondeadas mas abajo del fuerte del Oeste, prestaron el socorro de sus fuegos que sostuvieron durante dos horas.

Cuando se notó que el enemigo comenzaba á flaquear, se mandaron tres columnas contra la línea fortificada, una sobre el centro, dando un rodeo hácia el rio para ponerse al abrigo de la metralla anamita, y las otras sobre las alas donde el enemigo habia descuidado un poco sus medios de defensa.

Los aproches inmediatos de las obras de tierra estaban protegidos con fuertes empalizadas de bambú que los cochinchinos defendian palmo á palmo. Sobre los glásis de las obras y en los parapetos habia estacadas de madera de palma ó de bambú endurecido al fuego, que hacian muy peligrosa la marcha.

Por último, una artillería numerosa cruzaba sus fuegos en todas las direcciones y con una precision de tiro bastante grande, para que se juzgara indispensable



ATAQUE Y TOMA DE LAS LINEAS DEL MIRADOR POR LA COLUMNA DE LA DERECHA.

oponerla una batería de obuses de campaña que produjo los mejores resultados.

A las seis de la mañana, antes de que el sol abrasara los extremos de la línea; el enemigo, rechazado sobre todos los puntos, no pensó mas que en la retirada, y nos dejó dueños de todas sus posiciones, así como de su numerosa artillería; el ataque habia durado dos horas.

Una vez vencido el centro, las alas cedieron prontamente al ataque de las otras dos columnas de 600 hombres cada una, que cayeron simultáneamente sobre los extremos de la línea; el enemigo, rechazado sobre todos los puntos, no pensó mas que en la retirada, y nos dejó dueños de todas sus posiciones, así como de su numerosa artillería; el ataque habia durado dos horas.

En las filas de los españoles se portaron valerosamente los comandantes Gonzalez y Primo de Ribera, que tomaron por asalto un edificio fortificado, llamado el Almacén de arroz, donde hicieron los anamitas una defensa heróica. Entre los franceses se distinguieron el comandante de ingenieros Deroulede y el comandante de batallon Martín des Fallières.

Segun los prisioneros las pérdidas del enemigo se han elevado á unos 700 hombres, de ellos unos 100 muertos y los demás heridos, guarismo poco importante relativamente á las fuerzas que entraron en batalla, y se calculan en unos 10,000 hombres.

Al medio dia todo estaba concluido; nuestras tropas se retiraron á una especie de campo fortificado rodeado de fuertes empalizadas que los anamitas habian establecido delante de su línea hácia el fuerte del Oeste; pero en los dias siguientes se ocuparon en fortificar las alturas abandonadas por el enemigo, y en completar el sistema de defensa que nos hace dueños de las dos orillas en un trayecto de una legua, y nos abre el camino de la capital, que sin duda visitaremos un dia cuando lleguen los refuerzos que esperamos.

Después de su derrota el ejército anamita se retiró detrás de otra línea de obras de tierra que ha levantado á tres kilómetros mas lejos en el interior del país. Evidentemente se propone cubrir la ciudad real de Hué, donde están concentrados todos los recursos del autócrata de Anam; pero como las defensas del rio no son ya posibles, S. M. tendrá que recibir forzosamente nuestra visita, á menos que no se retire con tiempo á las montañas del interior, como tiene intencion de hacer, segun nos han dicho algunos cristianos. De todas maneras preciso será que la expedicion tenga un desentace, y que este no se haga esperar mucho, pues de lo contrario podriamos perder la paciencia.

La Hija del mar.

CUENTO

POR D. E. LLOFRIU Y SAGRERA.

PROLOGO.

El cuento á que preceden estas líneas no proporciona á la literatura patria una gran obra, pero sí una gran esperanza.

Su autor, que casi es un niño, tiene todos los defectos de la inexperiencia, pero tiene también las dotes del instinto delicado y del corazón henchido de ternura.

La Hija del mar no es uno de esos cuentos en que para interesar y mover los corazones se acude á las pasiones violentas: pertenece á esotra literatura, cuyo resorte son los sentimientos tranquilos y las apacibles armonías de la naturaleza.

El niño que recorriendo la orilla del mar y las pobres aldeas, encuentra medio de interesar y aun conmover, es, lo repetimos, una gran esperanza para la literatura, si la cultiva con fe, y si al adquirir la experiencia no pierde esa especie de inocencia del corazón, sin la cual es imposible conmover con la pintura de la naturaleza y la de las costumbres y los sentimientos populares.

Carecemos de autoridad para dar consejos literarios; pero aun así nos atrevemos á aconsejar al señor Llofriú, que busque constantemente el pensamiento en el estudio de la naturaleza, y la expresión en el de nuestros buenos autores.

La perdición de muchos de nuestros jóvenes escritores viene de hacer ambos estudios en las novelas francesas.

El buen instinto que revela *la Hija del mar* nos da la confianza de que su autor ha de seguir el camino que, si quiera con paso vacilante é incierto, ha emprendido.

A. DE T.

A MI QUERIDO PADRE.

Hace mucho tiempo, muchísimo, que me aventuré á ofrecerte una de las pobres producciones que diese á luz mi nada poética imaginación, y creo muy justo cumplir mi ofrecimiento, si á tu vez me prometes un poco de indulgencia para estos sencillos renglones, para esas ligeras páginas en las que no encontrarás otra cosa que una de tantas historias que oímos cuando niños al rededor del hogar en las noches de invierno, entre el chisporroteo de la ardiente llama y el mugido del huracán que hace crujir la mal segura puerta: una de aquellas narraciones que nuestras madres nos cuentan entre dulces caricias y que nosotros escuchamos con religiosa veneración.

Para nosotros que de continuo evocamos aquellos suaves recuerdos, serán estas líneas como la sombra del pasado bien, y en ellas encontraremos al menos el olvido de los presentes desengaños.

¿Qué nombre podrá ir al frente de mi primer ensayo que signifique mas que el tuyo para mí...?

¡Qué recuerdo mas grato á mi corazón!

Así pues, tú acogerás como nadie la expresión del sentimiento que ha inspirado estas páginas á tu amante hijo

ELEUTERIO.

CUENTO.

Una mañana del mes de mayo, asomaba apenas el alba entre los armoniosos cantos de la naturaleza, y las flores lloraban de placer, como dirían los poetas, cristalinas gotas de rocío, ornando con sus reflejos la pradera. Todo era bello. El mar venía á besar tranquilamente la arenosa playa murmurando suave, y el céfiro, mensajero del día, jugaba entre las blancas azucenas silvestres, cuya alba pureza contrastaba con el limpio azul de las serenas aguas, espejo de la hermosura del cielo.

Es vano intento querer pintar á quien no haya gozado ese espectáculo, el admirable cuadro que presenta la naturaleza en esas mañanas de alegre primavera á orillas del Mediterráneo.

La calma que allí reina es la que hace concebir á la inteligencia del hombre, la que hace sentir al corazón un mundo de inocencia, de pureza, de luz y de armonía.

Es el conjunto de todos los sentimientos tranquilos, de todas las grandes sensaciones.

Basta de paréntesis descriptivo.

I.

Existe en la provincia de Alicante, y á tres leguas de la capital, un pueblecillo ignorado, casi oculto entre las aguas del Mediterráneo como el ave marina que baña sus alas en las ondas: en otro tiempo se llamó PUERTO LICITANO, y hoy, como todo varía, se ha sustituido aquel nombre, venerable recuerdo del águila imperial romana, con el de Santa Pola.

Constituyen su escaso vecindario infelices pescadores y marineros, que teniendo por cuna las olas, esperan el eterno descanso á su armonioso murmurio.

Y así pasan la vida entonando alegres playeras y saludando al sol cuando sale, mientras tienden sus redes á los peces.

Y preguntadles si desean salir de allí. ¿Sabeis lo que os responderán?... Que ellos nacieron al suspiro de la húmeda brisa; que el techo pajizo donde vieron la luz y aprendieron de sus padres á ensalzar á Dios, ese les ha de ver exhalar el último aliento si la mar respeta sus vidas.

¡Qué franqueza inspiran en su mirada serena, en su frente tostada por los rayos del sol los hijos de las playas españolas! ¡Cuántos desgraciados á quienes la necesidad obligó á abandonar su patrio suelo desean volver á él!

¡Cuántas madres, ocultas en las sombras de la noche, buscan con los ojos fijos en las olas al hijo ausente que, arrancado de sus brazos, ya no volverán á ver...!

II.

Rosa es un niña de quince abriles lo mas, de tez morena, ojos negros rasgados, velados por grandes párpados que proyectan una sombra misteriosa á sus mejillas, cuando requebrada por algun joven del pueblo dirige al suelo sus miradas; sus negros cabellos sedosos dan á esta interesante criatura los sublimes rasgos de las mujeres del Mediodía. Su talle esbelto y su graciosa sonrisa son el encanto de cuantos mozos tiene el pueblo.

La llaman la Hija del mar, porque á la verdad es un misterio su nacimiento.

¿Quereis saber lo que acerca de él he podido averiguar hasta ahora? Pues continuad la lectura.

Cuentan que en una noche de invierno en que bramaban los vientos desencadenados y un trueno sucedía á otro trueno sin interrupción, y el mar amenazaba con su rabiosa espuma inundar al infeliz pueblecillo de Santa Pola, estaban en su reducida habitación el tío Pedro el pescador, hombre que por nada se alteraba, pero que en llegando estos casos imploraba la clemencia divina, porque era muy bueno y muy religioso, eso sí, y su mujer Teresa, que invocaba á santa Bárbara y á san Telmo arrodillada ante una imagen de la Virgen de la Asunción.

Entre el rugir de las olas y el estampido de los truenos se oyó un gemido agudo y triste como de un niño.

Suspendieron los esposos sus oraciones y dieron algunos pasos hacia la ventana.

—¿Has oído, Teresa, dijo Pedro asombrado; si será alguna desgracia? Sea lo que quiera yo me dispongo á salir. Y tomando el sombrero, se embozó en una manta.

—¡Pero vas á salir!... La Virgen te lleve con bien, y si es algun infeliz no quiera Dios que llegues tarde y sean inútiles tus esfuerzos.

Pedro no se detuvo un solo instante, y exclamando: ¡Dios me ilumine! echó á correr cuanto se lo permitían sus sesenta años.

Teresa, apenas salió su marido, con los ojos arrasados en lágrimas, murmuró una oración á la Virgen, y esto la consoló algun tanto.

La religion es amparo del afligido: no hay lágrimas por amargas que sean que con su dulzura no mitigue; no hay dolor que ella no calme.

A poco rato entró el anciano Pedro con los ojos humedecidos, pudiendo apenas articular las palabras... ¡Teresa, Teresa, mira! Y quitando el embozo de la manta la mostró una niña de seis meses lo mas, envuelta en ricos pañales.

—¡Cómo! ¿una niña?... ¡Desgraciada! exclamaba la pobre Teresa, procurando dar calor á aquella criatura que acaso hubiera perecido si tarda un poco mas su salvador.

Contó Pedro que acababan las olas de arrojar á la orilla el canastillo de mimbres en cuyo fondo gemía aquel ángel infortunado, que estuvo á pique de ser lanzado al mar con su preciosa carga por el impetuoso huracán.

Desde aquella noche Pedro y Teresa vivieron embobados con las infantiles gracias de la niña, á quien bautizaron con el nombre de Rosa.

Eso es lo que acerca de su nacimiento se sabe hasta ahora.

Mas adelante tal vez lleguemos á descubrir el misterio.

Es lo probable que un naufragio hubiese llevado la niña á aquellas playas.

III.

Volvamos á Rosa cuando tenía quince años. Pedro habia trabajado catorce por ella y por su mujer, que le ayudaba con frecuencia á sustentar las débiles cargas de aquel matrimonio bendito de Dios.

¡Oh!... si hubiérais visto al toque de oraciones el cuadro que presentaba aquella buena y honrada familia...

A esta hora todas las noches se arrodillaban ante la misma imagen de la Virgen que tantas veces consoló á la pobre Teresa y á su anciano marido.

La niña con las manecitas cruzadas oraba dirigiendo una mirada cariñosa á aquellos dos ángeles que la protegían, y ellos al encontrar con sus ojos los de la celestial criatura, lloraban dando gracias á Dios y la decían: — ruega por los que te dieron el ser, ruega por ellos... La niña también lloraba y dirigía sus preces al Señor...

Cuántas veces, sentada en las rodillas de su abuelito, como ella le llamada, le tendía los brazos por el cuello é imprimía un beso en las venerables canas de Pedro.

Los dos extremos de la vida se hallaban reunidos: la aurora y la noche; la primavera y el invierno...

Era la brisa de las ilusiones que venía á acariciar al postrer instante de aquel árbol venerable cuyas hojas iban desapareciendo una por una.

Era el presagio de la eterna felicidad que le esperaba en la mansion de los justos.

IV.

Empecé diciendo que corría el mes de mayo adornado con sus flores, sus balsámicas brisas y sus hermosas noches claras y serenas, tan amigas de los poetas y de los enamorados, y he tenido que hacer una no pequeña digresión de quince años para satisfacer los deseos de alguna lectora curiosa, que no todas lo son, ó de algun Aristarco moderno.

Que á todos se ha de satisfacer, pues que para todos se escribe.

Vuelvo pues á mi narración.

El padre adoptivo de Rosa ha muerto, y su pobre viuda desconsolada no tiene mas amparo que la huérfana que trabaja y se desvive porque no falte nada á su abuelita.

Muchas lágrimas costó á las dos la muerte de Pedro; y no pasaba día en que no se mentase alguna generosa acción de aquel anciano.

La reducida casa que habitan la habia comprado aquel de sus ahorros y en ella pasan medianamente las dos mujeres.

Rosa, trabajando; y Teresa, la infeliz Teresa, ya sin fuerzas, no hace sino estar sentadita á la puerta desde que el sol envía sus primeros rayos hasta que traspone los montes.

A la sombra de un emparrado disfrutaba aquella mujer las brisas de la primavera, los encantos de esa juventud de los años.

—Mira, Rosa, dijo un día en que esta se hallaba á sus pies formando un ramillete de pasionarias y claveles que habia cogido del pequeño jardín de su ventana, quizá sea esta la última vez que mis ojos vean ese mar tranquilo como la sonrisa de un niño. Quizá esos pálidos rayos del sol que miro reflejarse en tu serena frente se despidan para siempre de mí.

—Abuelita, me estás haciendo llorar; siempre pensando en eso. Dios conservará tus días para que seas mi consuelo; sí, el único que tengo sobre la tierra.

Las lágrimas de la niña bañaron las temblorosas manos de la anciana, como las gotas de rocío que brillan sobre el cáliz de marchitas azucenas.

Este diálogo fué suspendido por una turba de jóvenes vivarachas y bulliciosas que iban entonando una canción popular:

María, si vas al mar,
No te acerques á la orilla;
Porque hay muchos tiburones,
Que se tragan á las niñas.

Aquellas inocentes muchachas venían, sin saberlo, á recordar con sus alegres cantares y su infantil alegría la aurora de sus años á la pobre mujer que con lento paso caminaba hacia la tumba. ¡Ea... señora Teresa, ¿cómo va de salud? dijeron algunas rodeándola; no pasan años para Vd...

—Hijas mías, vosotras no los sentís porque empezais á contarlos; pero sobre mí van cayendo, cayendo, y su peso me inclina hacia la tierra, que me llama para desprenderse del alma que ya no cabe en su prisión estrecha. Estas palabras pronunció la anciana, mirando á su alrededor la vida, la juventud, las ilusiones.

Sonrió despues cariñosamente y continuó:

—Muy solícitas venís... algo quereis: vamos, hablad...

—Queríamos, dijo la que mas atrevida parecia, que dejase Vd. venir á Rosa con nosotras.

—Sí, hijas, sí, que vaya, que se divierta; la pobrecilla siempre encerrada, no goza de los encantos de la vida.

—Yo... si mi abuelita no viene, me es imposible. Yo no la abandono... Pues no faltaba mas.

—Que venga también, replicó la misma que habia iniciado la proposición.

—Sí, sí, que venga, gritaron todas rebotando alegría y echando al aire sus ramilletes para cogernos en el delantal.

—En casa de mi tía Matea que vive ahí cerca, añadió la que siempre tomaba la palabra representando los intereses de sus amigas, estará sentada á la puerta viéndonos bailar. ¿No es verdad? Vaya si viene.

Tenemos baile en la plaza, y la música de Elche y el dulzainero y tamboril... Porque dicen que se ha pronunciado yo no sé qué ciudad, por yo no sé qué cosa... Aquí no nos importa eso; nos dicen: á bailar, bailamos y nos divertimos. Ea, muchachas, á la plaza.

—Sí, sí, gritaron todas con loco entusiasmo, á la plaza, á la plaza: y mientras caminaban iban cantando la siguiente canción, con ese acento particular del dialecto valenciano que no pueden los que no sean hijos del país, imitar con facilidad:

El castillo de Alicante
Es de peña y durará;
Mas durará la palabra
Que de mi pecho saldrá.

Rosa dió el brazo á su abuelita y marchaba muy

contenta y orgullosa con servir de apoyo á la ancianidad.

Iba sencillamente vestida; con el cabello recogido atrás, segun la costumbre de aquellos pueblos, su peineta dorada y una rosa blanca por único prendido.

Conservaba con mucho cuidado el ramillete que antes tenia entre las manos.

Pues, señor; aquella tarde hubo mucha risa y jolgorio en aquel bendito pueblo: campanas al vuelo, música, disparos, confusión, gritos y alegría.

¡Ah!... se me olvidaba lo mejor: el baile.

¡Qué caras tan alegres ostentaban los mozos del pueblo y de las cercanías ante aquel espectáculo encantador!...

Era la tardecita y los ecos de la música resonaban en las ondas que se deslizaban tranquilas, mientras el sol iba lentamente bajando como pesaroso de abandonar la alegría de aquellos lugares.

En cambio la luna brilló para que nada faltase.

¡Qué contentas iban las muchachas con sus parejas de baile!

Rosa no bailaba.

Frente á frente de ella habia un mancebo de gentil presencia, de rubios cabellos, blanco, pero con esa sombra que distingue á los nacidos en las costas del Mediodía. Bajo la estrecha ala de un sombrero de paja, inclinado con descuido hácia la derecha, brillaban unos ojos azules siempre fijos en los de Rosa.

Una camiseta azul y pantalon blanco como la espuma del mar eran todo su atavío.

— ¿No bailas, primo? dijo la misma jóven á quien ya conocemos; te veo muy pensativo... Vaya, vaya... he adivinado el misterio.

El interrogado no respondió.

Porque los que están en la situación en que él se hallaba, ni oyen, ni ven, ni entienden mas que aquello que abstrae su imaginación.

Concluyó la diversion y todos se fueron retirando.

Pero ocurrió una casualidad notable.

Al dirigirse á casa Rosita, prestando su apoyo á la señora Teresa, pasó un jóven que nadie hubiera dicho sino que era el mismo que no oyó á su prima cuando le preguntaba, y se miraron.

Eso no es casualidad, porque casi siempre sucedia.

Pero á la Rosa le cayó el ramillete sin pensarlo, y Lorenzo, tambien sin pensarlo quizá, lo recogió, lo llevó á los labios y se fué muy dichoso á soñar su venturosa casualidad.

V.

Desde aquella tarde Rosa se distraía con frecuencia y pasaba las horas muertas junto á la ventana, fijos los negros ojos en el mar.

¿Qué buscaban sus miradas allí?

¿Sería por evocar el recuerdo de lo que su padre adoptivo la contara acerca de lo que ya sabemos pasó en aquella noche tormentosa? ¿Creería ver en las juguetonas oleadas alguna memoria de su infancia, ó la presentaba en su extensa superficie la tumba de sus ilusiones?

Lo cierto es que en su impaciencia hubiera visto cualquiera que esperaba.

Y si no la hicieran traicion los ojos, su semblante lo hubiese revelado al aparecer en el lejano horizonte una vela que flotaba entre la superficie azul, blanca como la nieve.

Aquel barquichuelo, cuando asomaba allá en donde parece que se unen las aguas con el cielo, hacia redoblar á Rosa la atención, y dejando el trabajo, sus miradas querian devorar el espacio que habia entre aquel punto blanquecino y el lugar en que ella se hallaba.

Seguro estaba, si hubiese tenido algun primó que la llamase, de no obtener contestación.

Pues si viérais en la frágil barquilla á un jóven pescador no perder de vista la ventana de las flores, no dejaríais de reconocer en él á Lorenzo.

A Lorenzo, que antes vivaracho y alegre se ha cambiado en pensativo y triste.

Sus compañeros le han respetado siempre por instinto, y á lo mas que se atreven es á preguntarse en voz baja: — ¿Qué tendrá?...

Al cabo de algunos dias de observaciones, y cuando volvian de la pesca, sorprendieron ciertas señales estando á bordo de la pescadora, entre Lorenzo y alguna otra persona del puerto.

Y era la alborada de un dia de primavera.

Diáfana y trasparente la bóveda del cielo, el mar tranquilo, la aurora con su blanca y misteriosa luz, con sus rojos colores asomando sobre las aguas; las brisas puras como la inocencia, aquí y allá mil plateados pececillos saltando juguetones como queriendo presenciar el ameno espectáculo de la naturaleza: todo era digno de ser admirado.

Los marineros de la pescadora estaban extasiados á pesar de la costumbre de verlo todos los dias, y como impulsados por secreto instinto, dejaron las redes para dilatar los corazones con la frescura del ambiente.

Quizá sin pensarlo estaban haciendo mucho bien.

Lo probaré.

Los inocentes pececillos que venian á ser perseguidos en su propia casa, que ya tal vez gemirian entre las redes, como incautos prisioneros que iban á ser apartados de su centro, gozaron entonces libertad, y pudieron disfrutar los encantos de la luz de la mañana.

Mas aun: otro bien hicieron á un alma, segun las

observaciones fisiológicas, enamorada, pero frenéticamente enamorada.

Que era la de Lorenzo, no es posible dudarle. Este, apenas oyó el «alto» que el jefe de la expedición acababa de dar y que secundaron todos, corrió al otro extremo de la barquilla, y apoyado en el timon, fijó sus ojos azules como el cielo en el pueblecillo de Santa Pola, que á su vista se alzaba entre la bruma soñoliento y coloreado por los reflejos sonrosados de la aurora, como la flor que empieza á abrir su cáliz á los primeros fulgores del dia.

Lorenzo no era poeta; pero entonces pudiera apostarse que formaba una leyenda en su imaginación.

Lorenzo miraba al pueblo.

Pero en el pueblo habia una casa con ventana y puerta que daban al mar: en aquella ventana entretejida de pasionarias y claveles solia verse con frecuencia una jóven.

Pues esc y no otra cosa buscaba Lorenzo con los ojos.

El sol asomó su disco entre las aguas.

Los pescadores saludaron sus rayos primeros, y con los sombrerillos en las manos gritaron con infantil alegría: «El sol.»

Buscaron á Lorenzo y le hallaron en el sitio de costumbre agitando su pañuelo color de rosa.

Le distrajeran de su éxtasis, porque iban á entrar en el pequeño puerto.

El despues que saltaba á tierra, en vez de tomar el camino mas corto para su casa, hacia un rodeo por darle á Rosa los buenos dias.

Esta madrugaba mucho; y cuando la señora Teresa la preguntaba por qué, ella bajaba los ojos, y temblando respondia: que la gustaba ver la salida del sol del fondo de las aguas.

VI.

Veamos quién era Lorenzo.

Hijo de un antiguo marino cuya fortuna habia sido tan inconstante como el elemento que surcaba, no tenia mas recurso que el dedicarse á la pesca para sustentar á su pobre madre.

Esta honrada y laboriosa mujer no anhelaba otra cosa que ver á su hijo contento, y no aspiraba sino á una sonrisa de sus labios, único premio que exigia por sus desvelos.

El venia por las mañanas á depositar en las manos de su madre el fruto de sus trabajos y un beso.

Su padre habia marchado á Oran á hacer fortuna, como suele decirse, y nada de él se sabia.

Un dia entró la prima de Lorenzo, á quien no desconocemos ya, y que se llamaba Mariana, con una carta para su tia Matea.

Lorenzo no estaba en casa, y Mariana, que vivia en ella, hacia sus veces cuando aquel salia.

Así es que por insinuación de la tia Matea la abrió, y al ver la firma lloró de placer, porque era del padre de Lorenzo.

— ¡De mi marido! dijo la pobre mujer trémula y llorosa; y cayó de rodillas dando gracias al Salvador.

Lee, Mariana, lee, continuó reprimiendo su emoción y jugando sus lágrimas.

Esta comenzó la lectura.

Pero llegó un punto en que suspensa, turbada, no pudo continuar.

La carta cayó de sus manos.

Palideció la jóven.

La madre de Lorenzo tembló.

— Tia, la exige á Vd. un sacrificio.

— ¿A mí un sacrificio? ¿Cuál?... ¡Tantos he hecho ya por él, tanto he sufrido, que no me extraña!

Y era cierto. Aquella mujer llevaba en su frente el distintivo de los tormentos del alma.

La resignación habia tendido ya su manto sobre la venerable cabeza de la esposa desgraciada.

Era preciso, segun lo contenido en aquella carta, que Lorenzo partiese á acompañar á su padre. Este le necesitaba para sus negocios, y nada le importaban los padecimientos, las lágrimas de una madre, los sufrimientos y la amargura de una esposa.

El desconsuelo y la aflicción moraron desde este instante en el seno de la reducida familia.

Lorenzo, al saber la fatal determinación, inclinó la rodilla delante de su madre, tendió los brazos, y lloró como un niño.

Mariana corrió á su habitación para llorar con mas libertad, porque le amaba en secreto.

Pero llegó á saber que él se desvivía por Rosa, y ocultó en el fondo del corazón su amoroso anhelo.

¡Alma cándida, que veía en su primera ilusión la flor de los amores marchita por el desengaño!

La noticia de la fatal carta corrió por el pueblo cien veces mas que si hubiera sido buena.

No fué Rosa la última que lo supo, y corrió presurosa á contar su desgracia á la señora Teresa, á quien nada se ocultaba ya.

Las lágrimas que caen en el seno de una madre, en el de un amigo, son menos amargas, menos dolorosas. Sin embargo, ¡cuánto lo fueron las de aquella angelical criatura!...

La noche anterior á la partida de Lorenzo se hallaba este paseando cabizbajo ante la ventana de las flores, cuando oyó moverse las hojas de la pasionaria, como si alguna mano las separase para ver mejor.

Acercóse; y efectivamente era Rosa, Rosa que creia perderle para siempre.

Los que habeis amado alguna vez con la vehemencia de aquellos dos corazones puros, vírgenes á las impresiones del amor, comprendereis si hay algun sentimiento que pueda semejarse al que experimentan los que se separan por la primera vez.

No hay palabras que sustituyan á las que entonces se profieren, ni tiene el escrito la propiedad de transcribir el acento particular con que se dicen. Lo que expresan aquellas voces trémulas, aquellos ojos humedecidos por el llanto, y aquel último adiós casi imperceptible, pero que traspasa el alma y está siempre en los oídos, nadie lo comprende hasta que llega á sentirlo.

Rosa y Lorenzo pronunciaron ese «adiós.»

Ella besó mil veces un ramillete de pensamientos, y no desapareció de la ventana hasta que Lorenzo se perdió en una de las callejuelas próximas.

En aquel ramillete hizo la luna brillar algunas lágrimas.

El, llegado á su casa, se encerró en la habitación, y desenvolviendo un papel que contenia un relicario, tambien lo besó murmurando el nombre de Rosa.

Mariana sintió sus pasos: escuchó, comprimiendo los latidos de su corazón, y solo oyó el nombre de su amiga.

Suspiró, y mirando al cielo, apenas los sollozos la dejaron articular estas palabras:

— ¡Virgen María, protégelos!

Y cayó desfallecida sobre su lecho.

VII.

Son las cuatro de la mañana.

El pequeño muelle de Santa Pola está cubierto de gente.

A bastante distancia un buque mercante está para darse á la vela.

En él se agita un pañuelo color de rosa é infinidad de pañuelos responden á la señal, oyéndose entre los circunstantes esas palabras que solo las madres articulan con labio trémulo y entre suspiros dolorosos:

— La Virgen le guie... ¡Adios... adios!!

Eran los que estaban allí, como ya puede conocerse, la madre de Lorenzo, su prima, la candida Rosa, é innumerables amigos del que se ausentaba.

Ya henchida la vela por el viento é iluminada con los primeros amarillentos rayos del sol, hendia las olas el buque como la gaviota que bate sus alas y cruza los mares, solazándose en contemplar el cristalino elemento en que se baña.

Poco á poco fué desapareciendo entre la bruma, llevándose en su centro la ventura de los que presenciaban su marcha.

VIII.

La ausencia de Lorenzo fué sentida por todos sus jóvenes compañeros, y no hubo en el pueblo una sola persona que no dejase de ser impresionada por el mismo sentimiento.

La madre era de continuo visitada por aquellas honradas gentes que procuraban consolarla.

Entre ellas se contaba Rosa; pero esta necesitaba consuelo en vez de darlo.

Mariana se reunia muy á menudo con ella y la infundia aliento y esperanzas.

Esperanzas la daba cuando ella misma las veia perdidas.

Ya no habia en su carácter los rasgos de vivacidad que la distinguian, ya no cantaba cual en otro tiempo.

(Se continuará.)

Mantua.

Mantua, á 84 kilómetros E. S. E. de Milan, es una de las plazas mas fuertes de Europa. La ciudad se encuentra sobre dos islas en medio de un lago formado por las aguas del Mincio, que prosiguen su curso mas abajo de la población, y pasan al Pó cerca de Governolo. El lago tiene unos dos kilómetros de extensión, y Mantua encierra unos 30,000 habitantes. Las calles son espaciosas, y las casas por lo general están bien construidas. De las dos islas que forman la ciudad, la mas grande y elevada, la Ceresse, está ocupada por ricos caseríos y jardines; la mas pequeña y baja está habitada por el grueso de la población.

Mantua comunica con el exterior por cinco puertas, de las cuales las principales dan á unas calzadas con esclusas, á cuyo beneficio mantienen las aguas del lago á un nivel conveniente. Las cabezas de estas calzadas están defendidas con fuertes. La ciudadela se eleva á la puerta Molina en la calzada del Norte; tiene un doble recinto, y su fuerte posición domina al Norte los approaches del lago.

Al Este el fuerte de San Jorge, casi tan importante como la ciudadela, cubre la orilla oriental del lago, y al Oeste, el lado mas débil de la plaza, esta solo está defendida por algunas obras recientes con un foso.

La parte meridional está abrigada por una trinchera bastionada y un campo fortificado protegido por el fuerte del Migliarello que se eleva al sudeste. La guarnición de la plaza es de unos 13,000 hombres.

En el número de los sitios memorables que ha sostenido Mantua, hay que contar el sitio de 1799 por Bonaparte.



A. JARDINIER DEL.

LA CIUDAD DE MANTUA.

GUESDON



SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES RECIBIENDO EN EL PALACIO DE SAINT-CLOUD A LOS ALTOS CUERPOS DEL ESTADO.

Recepcion en Saint-Cloud de los altos Cuerpos del Estado.

El 19 de julio, dos dias despues de la llegada del emperador Napoleon á su residencia de Saint-Cloud, pasaron á felicitar á S. M. los altos cuerpos del Estado. Hé aquí los discursos que se pronunciaron con este motivo, y la respuesta del emperador.

M. Troplong, presidente del Senado, dirigió al emperador las siguientes palabras:

« Señor :

» Si V. M., atendiendo tan solo á la superioridad de sus armas, hubiese continuado la guerra, segun la opinion general en Francia, y tal vez en Europa, nada hubiera retardado su irresistible marcha, y nuevos trofeos hubieran seguido á los alcanzados en Magenta y Solferino. ¿ Por qué pues el emperador se ha detenido en el camino de la fortuna ?

» Vuestra Majestad lo ha dicho: « El interés de la Francia, que habia presidido á la guerra, aconsejaba hoy la paz, y llevar la lucha mas adelante, seria ir mas allá de la causa legitima de nuestra intervencion. » Señor, la Francia ha comprendido tan noble lenguaje; ha reconocido vuestra adhesion por ella así como vuestra alta prevision en presencia de las injustas venganzas y pretensiones desordenadas de las pasiones revolucionarias. Despues de haberos seguido con orgullo en el campo de batalla, Francia os da su aprobacion por vuestra moderacion heroica, peculiar tan solo á los grandes genios.

» Tan pronto como Scipion venció á Anibal en Zama, pudo destruir á Cartago; pero no quiso hacerlo, á pesar de estar empeñado en abatir el predominio cartaginés. Política prudente en cuanto que, hábil general, reconocia que la destruccion de un enemigo acarrea con harta frecuencia graves perjuicios al que la ocasiona.

» Gocemos pues de esta gloriosa paz, fruto de una guerra que en dos meses ha librado al Piamonte y arancado la Lombardia á su poderoso dueño: felicitemos por ello al emperador, esperando que nuestras aclamaciones de triunfo apresurarán el regreso de nuestros invencibles soldados. La Francia se sentirá en adelante mas libre en su accion exterior, mas poderosa por sus armas y mas respetada por el firme acierto de su gobierno. Si la campaña de Italia hace resaltar los gloriosos dias del primer imperio, la paz de Villafranca es una segura garantia de que solo resultarán prosperidades. »

El conde de Morny, presidente del cuerpo legislativo, tomó en seguida la palabra en estos términos:

« Señor :

» ¡ En tres meses, cuántos prodigios !

» Cuando se declaró la guerra, ni un soldado francés habia en Italia. El Austria la ocupaba, por el contrario, con un numeroso ejército que guarnecía posiciones formidables; haciéndose sentir su invasora influencia sobre los gobiernos italianos. Algunos dias despues, cinco victorias sucesivas venian á legar á nuestra historia militar una nueva y gloriosa página, habiéndose realizado el objeto político que os habiais propuesto.

» Empero la mas magnifica de las victorias es la que habeis alcanzado sobre vos mismo. En la embriaguez del triunfo os habeis mostrado tan generoso enemigo como aliado fiel y desinteresado; rodeado de soldados victoriosos y entusiasmados, solo habeis pensado en economizar su sangre preciosa; habeis conquistado para Italia la verdadera libertad, y en fin, con esa maravillosa capacidad que os caracteriza habeis llegado hasta donde exigia el honor de la Francia, pero sin traspasar los límites de sus intereses.

» Señor: vuestra ausencia ha sido para el pais un sentimiento que la noble actitud de la emperatriz ha hecho mas llevadero, proporcionándola ocasion de mostrar su confianza en vos y su adhesion á vuestra dinastia.

» Señor: la manifestacion de esos sentimientos es la fiel expresion de los que abraja el Cuerpo legislativo. »

M. Baroche, presidente del consejo de Estado, se expresó en estos términos:

« Señor :

» Vuestro consejo de Estado se adhiere con satisfaccion y con profunda conviccion á los sentimientos manifestados á V. M. en nombre del Senado y del Cuerpo legislativo.

» Habiendo admirado con la Francia, con la Europa entera, durante una guerra tan gloriosa, el tino del gran capitán y el heroísmo de sus soldados, no menos dejamos de admirar tambien la prudente moderacion con que, en medio de los triunfos, se ha detenido en el punto en que los intereses y sentimientos de la Francia hubieran podido resentirse del carácter y vicisitudes posteriores de la guerra. ¡ Looado sea Dios que os devuelve cubierto de nueva gloria á esta Francia, de la que habeis sido el salvador y la esperanza; á vuestra augusta esposa, cuyas prendas tuvimos ocasion de reconocer durante vuestra ausencia, y á vuestro noble hijo, que comprende ya el agradecimiento que debe al cielo por los triunfos de su padre ! »

El emperador respondió en estos términos:

« Señores :

» Al volver á encontrarme en medio de vosotros que durante mi ausencia habeis rodeado á la emperatriz y

á mi hijo con tanta adhesion, experimento la necesidad de daros las gracias primero y de explicaros en seguida cuál ha sido el móvil de mi conducta.

» Cuando despues de una campaña feliz de dos meses llegaron los ejércitos franco-sardos al frente de las murallas de Verona, la lucha iba á cambiar inevitablemente de naturaleza, tanto bajo el aspecto militar como bajo el aspecto político. Estaba obligado fatalmente á atacar de frente á un enemigo atrincherado tras de grandes fortalezas y protegido contra toda diversion en sus flancos por la neutralidad de los territorios que le rodeaban, y al comenzar la larga y estéril guerra de los sitios, encontraba en frente á la Europa armada y dispuesta sea á disputar nuestros triunfos, sea á agravar nuestros reveses.

» Sin embargo, lo difícil de la empresa no hubiera alterado mi resolucion, ni contenido el denuedo de mi ejército, si los medios no hubieran estado fuera de proporcion con los resultados que habia que esperar. Era menester resolverse á romper atrevidamente las trabas que estas por los territorios neutrales y aceptar en este caso la lucha en el Rin como en el Adige; era menester fortificarse francamente en todas partes con el concurso de la revolucion; era menester derramar una sangre preciosa que demasiado habia corrido ya; en una palabra, era menester arriesgar, para triunfar, lo que no es permitido á un soberano aventurar mas que cuando se trata de la independencia de su pais.

» Si me he detenido, no es por cansancio ó estenuacion, ni por abandono de la noble causa que queria servir, sino porque en mi corazón hablaba alguna cosa aun mas alto: el interés de la Francia.

» ¿ Creéis acaso que no me ha sido costoso poner freno al ardor de esos soldados que, exaltados por la victoria, solo deseaban marchar hácia adelante ?

» ¿ Creéis que no me ha costado el suprimir abiertamente ante la Europa de mi programa el territorio que se extiende desde el Mincio hasta el Adriático ?

» ¿ Creéis que no me ha costado el ver destruirse nobles ilusiones en corazones honrados y desvanecerse patrióticas esperanzas ?

» Por servir la independencia italiana he hecho la guerra contra el agrado de la Europa; pero en cuanto los destinos de mi pais han podido peligrar, he hecho la paz.

» ¿ Es decir esto que nuestros esfuerzos y sacrificios se hayan malogrado completamente ? No. Como le he dicho en la despedida á mis soldados, tenemos derecho á estar ufanos de esta corta campaña. En cuatro combates y dos batallas, un ejército numeroso que á ningún otro cede en organizacion y bizarría, ha sido vencido. El rey del Piamonte, llamado en otro tiempo el guardian de los Alpes, ha visto libertado su pais de la invasion y trasladada la frontera de sus Estados desde el Tesino hasta el Mincio; la idea de la nacionalidad italiana se halla admitida por los que mas la combatian, y todos los soberanos de la península comprenden por fin la imperiosa necesidad de reformas saludables.

» De modo que, despues de haber dado una nueva prueba del poder militar de la Francia, la paz que acabo de celebrar será fecunda en resultados venturosos; el porvenir los revelará cada dia mas para la felicidad de la Italia, la influencia de la Francia y la quietud de la Europa. »

La flota del Adriático.

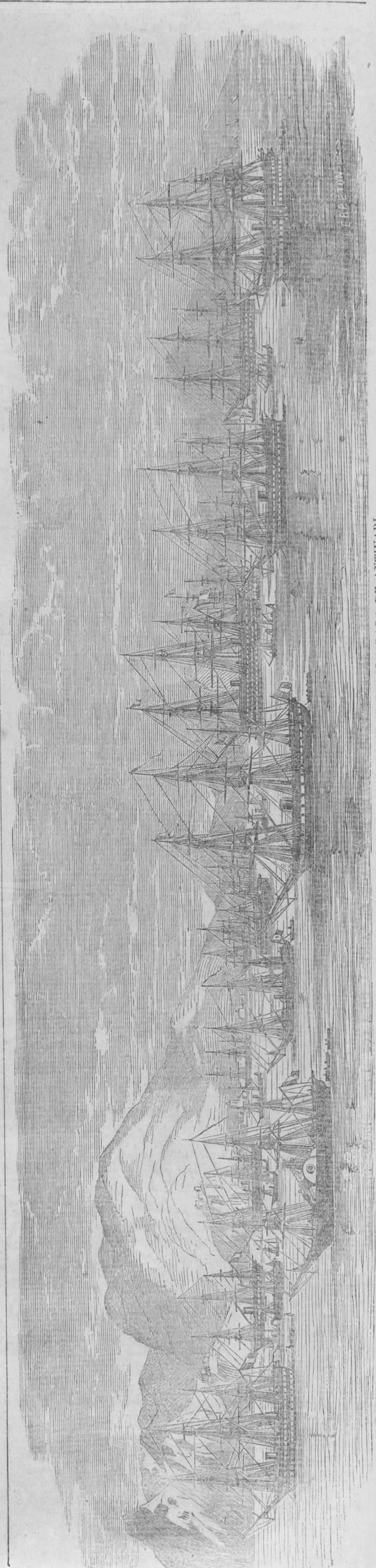
Copiamos á continuacion una correspondencia fechada en la rada de Antivari á bordo de la *Bretagne*, que explica el dibujo que publicamos:

« El adjunto dibujo, dice la carta, es copia de un estudio pintado que he hecho en Antivari donde está fondeada la escuadra del almirante Romain Desfossés. Habia tres escuadras, la de la izquierda, la escuadra turca, luego la escuadra del almirante, y por último la escuadra de sitio mandada por el almirante Bonet-Villaumez.

» La escuadra turca se componia de cinco buques, entre ellos un navío, una fragata, un bergantín y dos buques menores. La rada contenia cuarenta y cinco buques de guerra. Antivari es una ciudad turca de origen muy antiguo, y que ha conservado algunos vestigios de su esplendor pasado, gracias á los hábitos conservadores de los turcos. Está aislada entre montañas y comunica con la carretera por una lengua de tierra muy estrecha.

» Se entra en la ciudad por una puerta confiada á dos soldados turcos. La poblacion tiene un aspecto miserable; las calles son estrechas y tortuosas y están muy mal cuidadas. En el punto mas alto de la ciudad hay un castillo fuerte ruinoso; al lado se ve una capilla de construccion romana adornada por fuera con una porcion de inscripciones de la edad media. La capilla está convertida hoy en mezquita, y tiene un minarete de forma redonda de cinco ó seis metros de altura. Esta mezquita está en una plazoleta que toca á las murallas almenadas de la ciudad. La altura de la cumbre de la roca es enorme.

» La poblacion se compone de turcos, arnautas y cristianos; estos visten el pantalon griego y se abstienen del uso de armas, en tanto que los arnautas con enaguillas blancas ostentan mucho lujo; en el cinto y sobre los hombros llevan todo un arsenal. Los habitantes de este pais tienen costumbres muy parecidas á las de los árabes. — E. DE G. »



FONDEADERO DE LA FLOTA DEL ADRIÁTICO EN LA RADA DE ANTIVARI.

¡Alerta!

(BALADA.)

Cuando mireis radiar de hermosos ojos
Rayos de amor que con amor convidan;
Cuando mireis en nacaradas frentes
Tintas de luz, de amor y de poesía;
Cuando imploréis de purpurinas bocas
Palabras dulces de esperanza y vida...
Desechad ilusiones
¡Que os mentirán un cielo!...
El bien y la verdad no son del suelo:
¡Alerta, corazones!

JUAN MARIN.

El ermitaño y la niña.

SONETO.

Una flor amarilla y sin aroma
Por entre frescas flores tristemente
Su cáliz espirante y tez muriente
Ya con dificultad alza y asoma.

Cierta niña, inocente cual paloma,
Al verla marchitar lástima siente,
Y pensando con ella ornar su frente,
Se agacha y arrancándola la toma.

Mas cuando en su poder ya la creía,
Miró detrás de sí cierto ermitaño
Amo de aquella flor que ella quería,

Y preguntó: — ¿Tomarla causa daño?
— « Sí, » respondió el anciano — « sí, hija mía,
Déjala, que es la flor del desengaño. »

JOSE C. BRUNA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Paseo por las costas de la Mancha. — La elegancia en las orillas del mar. — Bañistas de diferentes formas y colores. — Un traje representando la primavera. — Corbatas de colores variados. — Carreras de caballos en Caen. — Miembros del Jockey-club de regreso en París. — Retrato a la pluma del duque de Chartres. — Trajes de caza — Trajes de vestir y de paseo. — Levitas y paletós de otoño. — El paletó esclavina. — Descripción del figurín de este número.

Principio por confesar que sé muy poco en punto á las modas masculinas, por la razón de que estoy recorriendo las costas de la Mancha. He estado en Cherburgo, en Weymouth, en Guemesey, en Jersey y en San Malo; y no he visto otros parisienses que los que viajan. En cambio sé bastante sobre los trajes que se usan á las orillas del mar y sobre la elegancia de las playas. Se dice que las mujeres son coquetas y vanidosas, pero hay hombres que no les van en zaga. He visto tales extravagancias en los hombres, que no tengo palabras para calificarlas. ¡Qué vestidos y qué colores! Los había con trajes enteros de color de hollín de chimenea, gris estampado, gris de hierro y gris ceniciento. En unos la tela era el nankin, en otros el piqué blanco. También he admirado uno que representaba la primavera con un traje de color de malva. En cuanto á las corbatas, eran obras maestras, y todas de colores claros, rosa, verde, azul celeste, grosella de los Alpes, lila emperatriz, flor de melocoton, etc. Esta moda de las corbatas de cinta y de redecilla de guipure nos viene de Inglaterra. La Francia se buria de la vieja Albion y adopta sus paletós, sus gorras, sus sombreros y sus corbatas. El inglés puede permitirse ciertas rarezas propias de su carácter excéntrico, pero el francés que las imita cae en lo grotesco.

Si ya no hay carreras de caballos en París, las hay en las provincias. Todas las ciudades principales de Francia quieren rivalizar con la capital en este punto. El domingo último las había en Caen; los bañistas de Trouville y sus inmediaciones habían acudido á la fiesta.

Entre los miembros del Jockey-club se distinguían el conde de la Grange, el baron de Riviere, el vizconde Daru y el conde de Røederer.

Ya que he hablado del Jockey-club, voy á poner la lista de varios gentlemen que forman parte de ese club célebre y que han vuelto ya de la campaña de Italia.

El conde de Andlau, que ha ascendido á comandante de escuadron.

El baron Berckheim, teniente coronel, nombrado coronel.

El marqués de Cadore.

El baron Nicolás Clary.

El general Fleury.

El vizconde Foy (Max), comandante de escuadron, nombrado teniente coronel.

El vizconde Friant.

El príncipe de la Moskowa.

El marqués de Toulangeon.

El conde Treil, teniente coronel, nombrado coronel de estado mayor.

M. de Genlis Waubert, cuyo hermano ha muerto de resultas de su herida.

El duque de Chartres que ha hecho también la campaña de Italia se encuentra en Londres. El joven príncipe ha ido á visitar á la reina Amelia y á pasar algun tiempo con su fa-

milia reunida en Claremont para recibir al rey de los belgas.

El duque de Chartres forma parte del ejército sardo. Pertenece al regimiento de caballería de Niza con el grado de alférez. Apenas tiene diez y ocho años, y es alto, delgado y elegante.

Se principia á tratar de los trajes de caza. El traje del verdadero cazador, no del que hace de la caza un asunto de moda, se compone de un levitín de terciopelo rayado abotonado hasta arriba, y con muchos bolsillos.

El pantalón es de lo mismo. Otros cazadores prefieren el chaleco y el pantalón de piel de topo por su solidez, pero esta es una tela inglesa cuya entrada está prohibida en Francia.

En cuanto á los trajes de los cazadores particulares, su descripción sería muy larga, pues cada cual se viste según su capricho. Me contentaré pues con dar algunas noticias generales.

El género de las levitas es derecho, con botones hasta arriba. Con este corte se hacen levitines de paño grueso, verde, color de castaña ó azul, con adornos de distinto color en el cuello, las carteras de las caderas y las bocamangas. Así es, que sobre el verde ponen paño ó terciopelo amaranto; sobre el azul, terciopelo negro; y sobre el oscuro, azul claro.

Todo levitín de caza debe ir perfectamente ajustado del cuerpo y debe tener el talle largo con un cinturón para el cuchillo de monte.

Los chalecos de caza han sufrido pocos cambios desde el año último. Se llevan aun muy largos figurando la faldeta, pero sobre todo derechos. Se abotonan ó se vuelven á voluntad, y todas las carteras de los bolsillos (hay dos sobre el lado y dos sobre el pecho) están dispuestas de modo que cubren la abertura si quieren levantarse.

El traje de caza mayor es el mas aristocrático. Para correr ciervos, la moda no admite mas que la casaca de faldones anchos y largos que pueden levantarse con un corchete, de modo que quede á descubierto el forro interior. Los galones con que se adornan son de oro y de plata. Se ponen estos galones sobre los delanteros y en los faldones y sobre un bolsillito llamado á la Bourgogne.

Este traje exige pantalón ajustado, botas altas, sombrero de tres picos ó casquete redondo.

Hablemos de los trajes de vestir y de paseo. Para la estación de otoño se hacen sobretodos un poco menos ligeros que los de verano.

También se piensa en las levitas de otoño de uatina lisa ó labrada; estas levitas tienen el talle y los faldones un poco largos, con cuello, solapas y bocamangas de terciopelo.

En cuanto al paletó-esclavina importado de Inglaterra se parece demasiado al capote de un cochero para que pueda parecer elegante.

Hé aquí ahora la descripción del figurín que acompaña á este número.

El primer personaje lleva un bonito vestido de campo que se hace de tela blanca. Compónese de un paletó ancho y flotante, bastante corto, con una sola hilera de botones y sin forro.

El chaleco es muy largo, forma faldetas y cierra á voluntad. El pantalón ancho de piernas cae naturalmente sobre unos botines de la misma tela. La corbata es negra. El sombrero de paja de Italia, que está mas en moda que el Panamá.

El segundo traje es muy sencillo y de buen gusto. El frac es de paño ligero color de castaña mezcilla, género á la francesa, y cierra solo con el último boton de arriba. El talle es bastante largo, y los faldones sueltos llevan carteras en las caderas. En cuanto á las mangas, son muy anchas y sin bocamangas. El chaleco y el pantalón son de satín ligero gris perla.

El tercer personaje lleva una jaqueta de alpaga negro con una sola hilera de botones. El corte es bastante ancho. El interior va forrado de seda. Lleva bolsillos en los faldones. El chaleco de piqué fantasía es de chal medio abierto. El pantalón blanco con una banda estampada en las costuras exteriores.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Las obras del puente del Rhin.

Estas obras cuya importancia hemos señalado ya á nuestros lectores (1) han tenido hasta aquí un éxito completo. A la profundidad de 20 metros debajo de las aguas del Rhin se ha sentado un machon que inaugura un nuevo sistema de construcción que es una nueva conquista en la industria. Esta conquista es pacífica; la Alemania no tendrá celos, pues al sentar en el río los cimientos de un puente, ha elevado para los dos países no una barrera, sino una sólida base de concordia y de cambios pacíficos.

El gran trabajo está concluido. Los cajones del primer machon están en el fondo del río. Una masa inmensa de latón, de fundición y de piedras formando una sola pieza, se hizo lugar por medio de las aguas, se abrió un pozo cuadrado en la tierra y quedó sentada en esa cavidad, de modo que en lugar del casquijo movedido y pérfido, se presenta ahora una base segura para edificar el puente. — Digamos algo sobre las dificultades que ha habido que vencer para que se conozca toda la importancia de la empresa.

Tratábase de colocar dentro del Rhin un cimientito sólido capaz de resistir á las oleadas de las aguas. El Rhin á la altura de Estrasburgo corre sobre un suelo de casquijo que se mueve fácilmente. Arrancado de los montes de los Alpes y quebrado y redondeado por el rozamiento, ese casquijo llega hasta una profundidad de 48 metros por el curso continuo de las aguas, y se eleva incesantemente en bancos de arena que son

(1) Véanse los números 318 y 321.

minados por la corriente y destruidos en algunas horas.

Una circunstancia nueva aumenta la acción de las aguas, encajonadas por las obras modernas de los ingenieros, por diques que entorpecen su curso, pero que aumentan su fuerza, remueven mas que nunca el suelo, y llevan á los puntos que han señalado los ingenieros el casquijo que arrastran continuamente. Por eso el cauce del río se ha profundizado mucho desde las medidas tomadas en 1846. Pero por otra parte, en las grandes crecidas las aguas entorpecidas en su curso y tratando en vano de extenderse sobre las márgenes, suben hasta el nivel de los diques amenazando atravesarlos. El río entre esas dos murallas se precipita en torrenes furiosos.

Contra estos choques formidables por una parte, y por otra contra la acción de las aguas sobre el casquijo, ha habido que proteger los machones del puente que atajan el paso del río; la obra era muy grande; preciso es que los machones resistan siempre.

Con este fin se recurrió á un medio empleado ya por los ingenieros ingleses, cuya aplicación propuesta en 1846 por M. Krafft, ingeniero civil de Estrasburgo, para la construcción del puente de Basilea y repetida muchas veces despues en Hungría, pedia mejoras y perfeccionamientos definitivos. Estasmejorasse han realizado en las obras del Rhin; el sistema datará de la construcción del puente de Kehl, y dejarán su nombre unido á esta grande obra los señores Vuignier y Mary, ingenieros en jefe de la línea del Este; y Joyant y Fleur Saint-Denis que han tomado parte en la ejecución del proyecto.

Los cajones de hierro batido abiertos por su parte inferior bajan al río, cuyas aguas rechazan por medio del aire comprimido que se envía entre sus paredes. En estos cajones la pala recoge el casquijo y forma embudo, siendo secundada por los obreros que trabajan á lo largo de las paredes del cajón. De este modo se abre un pozo profundo; el cajón penetra en el abismo, y lleva consigo una pieza de fábrica que va sobreponiéndose en las aguas á medida que toda la masa entra lentamente. Llegados á la distancia que se ha señalado, se detiene la tarea y los obreros descansan de ese largo trabajo; vacían betun en las paredes de los compartimientos de hierro batido, y así se eleva en el centro del río una ancha columna de fábrica, de fundición y de betun que forma una sola pieza, y se alza como un monolito en medio de las capas seculares de casquijo que ha atravesado.

La ejecución de esta empresa se hallaba erizada de dificultades. Cuando los cajones sumergidos en las aguas recibieron las primeras aspiraciones de las máquinas soplantes, á pesar de su peso inmenso de 14,000 quintales, con el sobrecargo de la obra de fábrica, se estremecieron en el agua y se elevaron como un globo por la acción del aire comprimido. Luego hubo mil obstáculos; unas veces las crecidas del Rhin amenazaban llevarse todo lo hecho; otras se rompen las cadenas, y los obreros con aparatos de buscar tienen que bajar entre las paredes para gobernarlas. Y estas dificultades envuelven peligros que han tenido en alarma á los ingenieros por los 800 trabajadores que se hallan á sus órdenes.

El dibujo que publicamos presenta el corte de las diferentes partes de un trabajo que no es fácil reproducir en todos sus detalles.

El machon que penetra en el Rhin solo se ve de cara sobre un frente de 7 metros; pero su anchura en el río es de 23 metros, y el cajón de abajo que está en nuestro dibujo es el primero de una hilera de ellos, cada uno con el cilindro, la pala y dos cilindros de bajada.

Seenta obreros trabajan en los cajones colocados uno detrás de otro.

Sobre el tablero del puente superior del machon, nuestro dibujo indica las obras que se efectúan para la bajada de cada uno de esos cajones.

Cada una de las cuatro palas se vierte por un conducto de hierro batido en una barca contigua; cada uno de los ocho cilindros de bajada da paso á los obreros y á los materiales que bajan en el fondo del cajón para llenar con cemento.

No se han podido reproducir en la lámina superior las máquinas de vapor que ponen en movimiento las palas de cada uno de los cilindros, ni el conjunto prodigioso de ruedas de transmisión de obreros, unos cargados de materiales y otros dirigiendo las máquinas.

En el tablero inferior se ejecutan las obras de fábrica del machon, sobre las cuales se hallarán los pilares de granito, que con los pies bañados en el río, se alzarán siete metros sobre las aguas y sostendrán los arcos del puente.

A la derecha del machon el compartimiento de arriba representa el vestuario donde los obreros cambian de traje á la entrada y á la salida de los cajones. Mas abajo están las barcas con las máquinas soplantes; sus conductos de cauchú permiten las oscilaciones de la barca y comunican con tubos fijos de cobre que desembocan en el cilindro de bajada.

No se ve en nuestro dibujo un puente de servicio que está delante del machon; este puente de madera es provisional, y caerá ante el hermoso puente de hierro que se construye.

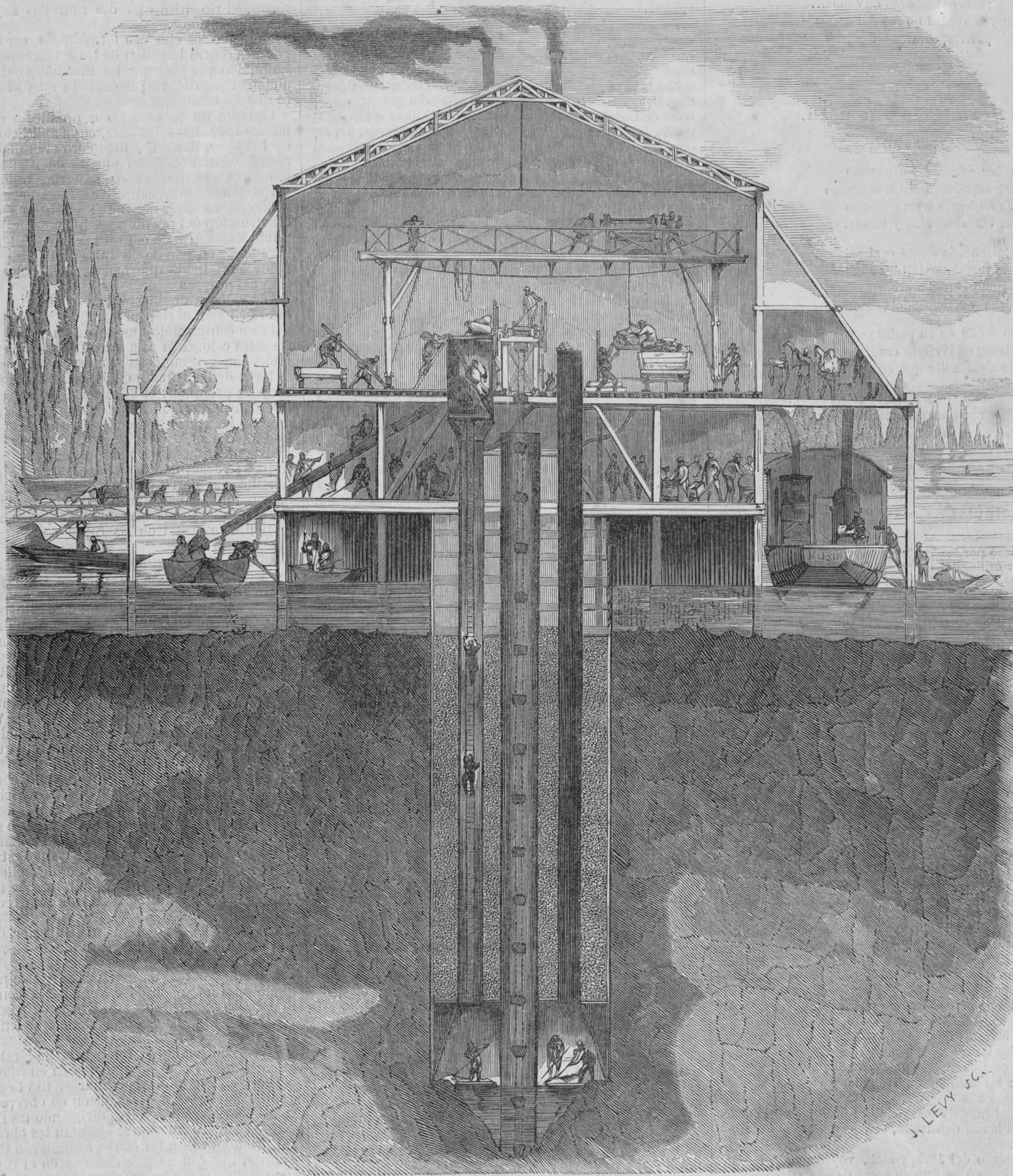
Creemos que se leerá con interés la relación de una bajada al fondo del Rhin que hemos hecho en los últimos días de las obras.

M. Hersant, uno de los directores, nos guiaba. Algunos martillazos dados en el cilindro de llamada fueron la señal; al punto se abrió la válvula dando paso al aire comprimido y dejando libre la entrada en

un compartimiento negro, por un agujero circular llamado puerta. Se baja por una escala y se cierra la válvula. Eramos cinco en un espacio de dos metros cuadrados. Mientras encendíamos las bugías, se había establecido la comunicacion con las máquinas soplantes. Una llave entreabierta nos arroja aire á las piernas y nos hace tragar polvo con el vapor de agua que se con-

densa en el aire mas enrarecido del compartimiento. La presión se hace sentir en los oídos; hace mas calor, la niebla desaparece y el dolor aumenta con la presión de la atmósfera. Muchos curiosos retroceden en este instante. Yo aspiraba aire fuertemente y esto restableció el equilibrio; cada vez que se repetía el dolor acudía á ese medio.

Una vez restablecido el equilibrio de presión, no sentimos ya mucho los efectos de aquel centro condensado. Oíamos muy bien la palabra de nuestros compañeros y ya no nos ahogábamos como en los primeros momentos. — Entonces se abrió una puerta á nuestros piés, y nuestro ojo penetra en un largo tubo negro enteramente. Hay que agarrarse bien á las barras de hierro



LAS OBRAS DEL PUENTE DEL RHIN. — APARATO PARA TRABAJAR DENTRO DEL AGUA.

para no perder ningun escalon, pues la caída seria mortal para cualquiera que llegase á deslizarse. Hay ochenta y cinco escalones que se bajan en cuatro ó cinco minutos. Al pronto apenas podíamos distinguir los objetos á la claridad de la bugía; pero allí sentimos un bienestar que no esperábamos. Poco después mirando atenta-

mente vimos en la rinconada mas sombría del cajon que había hombres que trabajaban con los piés en el agua. Así en aquella atmósfera de triple presión que basta para determinar congestiones, hay hombres que trabajan durante tres horas con la cabeza baja y los piés helados por el agua del Rhin. Allí permanecemos hasta que un frío húmedo co-

menzaba á helarnos. Dieron la señal y se hizo la subida, no sin que cada uno de nosotros hubiera recogido un guijarro en el fondo del Rhin. De esta excursion queda únicamente un ruido en los oídos, resultado del efecto de la presión atmosférica; á veces esto es peligroso, porque el hombre puede quedarse sordo, pero por lo regular cesa el ruido á los ocho dias.